



## IMITACIONES CASTELLANAS DEL QUIJOTE

### CONCLUSIÓN (I)

#### IV

La tercera imitación, y mejor dicho, continuación del *Quijote*, es debida á la pluma de D. Jacinto María Delgado, y fué impresa en Madrid, imprenta de Blas Román, en un tomo en 12° de gruesa letra, sin fecha, aunque se supone sea la de 1767, titulándose: *Adiciones á la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, en que se prosiguen los sucesos ocurridos á su escudero el famoso Sancho Panza, escritos en arábigo por Cide Hamete Benengeli, y traducidas al castellano con las Memorias de la vida de éste* (2).

Encuéntrese al principio un *Prólogo* al público de Madrid, pidiendo benevolencia; sigue una imaginaria *Censura* del Doctor Celestino Antero, una *Carta crítica legal* del Licenciado D. Gómez de la Villorria, exarchimayordomo de la Hermandad de las Benditas ánimas del Purgatorio, de la villa del Padul de Oliva, refutando la *Censura*, y un *Prólogo del*

(1) Véase la pág. 449 de este tomo.

(2) Otra edición existe de esta obra, titulada *Continuación de la vida de Sancho Panza* (Madrid, 1845), que no tiene el nombre del autor.

*autor*, diciendo que revolviendo papeles había encontrado el noveno libro de las aventuras del Quijote y lo daba á luz para que no quedase incompleta tan preciosa obra (1).

Su asunto es el siguiente: Sancho, muerto su amo, cayó en profunda melancolía, aumentada por su situación angustiosa; compadecido el Cura y el Bachiller Carrasco, deciden escribir una carta á los poderosos Duques de Aragón, que en pasados tiempos tuvieron de gobernador al escudero de la ínsula Barataria, dándoles cuenta de su triste estado y de la muerte del Caballero Andante; llévala á su destino Tomé Celia, paje que fué del Caballero del Bosque en el desafío que sostuvo con el Hidalgo, y los Duques, al leerla, aprovechando la situación de la Duquesa, en quien el abatimiento iba haciendo progresiva mella, contestan notificando que habían acordado nombrarle su consejero, sin hacer caso de la oposición que el Cura aquel, que sostuvo tan sabrosas contiendas con el loco, hace. Sancho, enterado, se dispone á la marcha; aconséjale el sacerdote el temor á Dios en su nuevo destino; la adquisición de buenos amigos y la distinción á los que lo sean de sus amos; el no deseo de superiores cargos; el comedimiento consigo mismo; el cuidado de las contribuciones y el miramiento á los vasallos, protegiendo siempre á los que sean buenos. Recibe de un D. Aniceto, hombre perdido que á la corte se dirigía, lecciones de cortesía, y vestido á la moda, con trajes usados, escucha sus *pedregrafías*, mientras los Duques se aprestan para su llegada. Parte, acompañado de Sansón, como secretario, y del Cura, invitado por un amigo para asistir á una función que había de celebrarse en un pueblo por do atravesarían los expedicionarios, y llegan á un mesón en el que se queda éste, tras de reirse, juntamente con dos viajeros allí presentes, que habían leído la historia de Cervantes, del infeliz escudero. Salen hacia el castillo, al cual llegan, acompañados del mayordomo del Duque, que los encuentra, procediéndose al momento á la solemne ceremonia de darle oficialmente

---

(1) Hay además una *Advertencia* donde se explican las palabras de dudosa comprensión.

posesión de su cargo. Sentados los Duques en amplios sillones, reciben á Sancho vestido con un ropón amarillo, cubierto de galones dorados; adelántase á poco un hombre con hábito negro, y entrega al escudero un papel para que lo lea; éste mira al cielo y al pliego sin saber qué hacerse, y á sacarle del apuro acuden dos enmascarados que, provistos de incensarios, le sahuman hasta sofocarle; preséntanse luego dos damas que le cortan las uñas y después se acerca un anciano, representando la Academia, con manto negro, melenas y anteojos y le pronuncia un discurso, al cual contesta el escudero suplicando á la Academia que le cuiden un poco. La justicia se presenta luego, y terminado el acto, retírase con su secretario á sus habitaciones, donde discurren sobre lo pasado, mientras los Duques reían de sus simplezas. Sale al siguiente día á inspeccionar los pueblos. Hay un paréntesis—que ocupa el capítulo XI—dedicado á describir la acalorada contienda sostenida en la Academia de Argamasilla, porque Antonia Quijano, sobrina de Don Quijote, había dejado apoderarse á Maese Nicolás del famoso *yelmo de Mambrino*, que, como todos saben, no era otra cosa sino una bacia de barbero, siendo necesaria la intervención de la justicia y el pago de seis ducados, para que el maestro devolviese tan estimable joya, y continúa la narración con la peregrina idea que á Sancho le asalta de comprar un convento. Nárranse las suntuosas ceremonias ocasionadas con motivo del nombramiento de Barón á favor del antiguo escudero, y termina la obra dando cuenta de su muerte, producida después de haber traído á su casa á Teresa Panza y á su hija Sanchica, que se hacen unas orgullosas, por un cólico miserere á consecuencia de una fuerte comilona que la noche antes había tenido, que no le dió tiempo ni para avisar á los suyos, por lo cual se le encontró cadáver en su cuarto.

Á su entierro, que fué muy suntuoso, acudió mucha gente, incluso los mismos Duques, que sobre su tumba derramaron amargas lágrimas. Y Teresa, desengañada de las pompas y vanidades del mundo, luego que hubo vivido algún tiempo en compañía de sus generosos amos, retiróse al monasterio de San Lázaro, donde virtuosamente acabó su agitada existencia.

Al final de esta obra, léense, en latín, las siguientes palabras:

*Hic Yacet,  
Sans. Panz. Gubern. Opt.  
Ob et Viv.*

y más abajo, en castellano:

*Aquí Yace  
Sancho Panza  
Gobernador Óptimo.  
Murió y Vive.*

Como *Apéndice* y última parte se encuentran unas *Memorias* escritas por Melique Zulema, sobre la vida del cronista de esta historia, Cide Hamete Benengeli, nacido en Máscara (África), y el cual, muerto Sancho, sepárase de los Duques, con quienes había vivido mientras tuvieron lugar los sucesos descritos, y murió á poco.

\*  
\* \*

El defecto más esencial de esta historia de Sancho, escrita con limpia dicción, claro estilo y correcto lenguaje, semejante al empleado por Cervantes en su *Quijote*, es el de presentar al protagonista como un tonto que sólo sirve de ridículo entretenimiento para los Duques. Y ciertamente que no imaginó Cervantes un escudero de tal naturaleza, pues su obra nos le pinta más bien como un sencillo ignorante, sin malicia, por tanto, ninguna, que como un simple aturdido; pruebas abundantes existen de ello, cual pueden comprobarse recordando la infinidad de veces que dirige saludables advertencias y consejos á su señor el famoso loco.

Tampoco está en carácter la figura del Cura, pues no parece propio de la seriedad de un sacerdote que invente y procure divertirse con el infeliz escudero, vistiéndole con grotescas prendas, que excitan la hilaridad á todos. Y en cuanto al Bachiller Carrasco, descríbele el autor como un alucinado, que ora se ríe de las simplezas de su amo, ora tiembla

con los personajes que los Duques preparan para asustarlos, ya se burla de los planes del escudero, ó ya forja los suyos y entusiasmado le sigue con el intento de poseer un alto cargo.

Por lo demás, nótase en la obra un conocimiento profundo, producto de un detenido estudio, de todos los episodios y lances realizados en el *Quijote*, á los cuales hace múltiples referencias. Su fin moral parece ser probar que nunca es feliz el que ambiciona más de lo que puede poseer, y así lo muestra matando á Sancho á poco de haber logrado la aspiración soñada, y á su mujer, retirarse desengañada de la vida á un convento.

## V

El año 1792 apareció en Madrid, en dos tomos en 8<sup>o</sup>, un libro escrito por D. Alonso Bernardo Ribero y Larrea, cura de Ontalvilla y despoblado ontariego en el obispado de Segovia, imitando al *Quijote*, titulado: *Historia fabulosa del distinguido caballero Don Pelayo Infanzón de la Vega, Quijote de la Cantabria*. Imprenta de la viuda de Ibarra. Con licencia.

Consta de dos partes y está dedicada al Excmo. Sr. D. Diego Fernández de Velasco, Duque de Frías, Conde de Alba, etc., en la cual asegura el autor que su empeño ó trabajo para hacer una obra en que pudiera imitar á Cervantes duró diez y seis años, poniéndola bajo su protección y amparo. En la primera parte, de 372 páginas, hay un *Prólogo al lector*, declarando que su objeto es «atacar la ridícula nobleza,» sin hacer «una sátira mordaz contra los habitantes de la Cantabria.»

El asunto, á grandes rasgos descrito, es del modo siguiente: D. Pelayo Infanzón de la Vega, hijo de D. Arias y de D.<sup>a</sup> Bernarda Solariega, «que le dió al mundo á más de la mitad del inmediato pasado siglo,» nació en Cantabria, y dedicado por sus padres al estudio, abandonóle bien pronto, así que, por muerte de su hermano mayor, pasó á ser el heredero de todos los bienes. Dedicado más adelante, después de haber traducido una obra de Mr. Maulé, á la lec-

tura de los libros que narraban los hechos de los primitivos reyes de Galicia, de donde surgió la independencia de España al grito lanzado por Pelayo, cayó en la extravagante y ridícula manía de salir por los vecinos reinos á hacer presente á todo el mundo que los soberanos todos habían heredado de su tocayo la mejor sangre goda.

Comunicada tan monstruosa idea á su padre, aunque éste intentó penetrarle de que desistiese de semejante locura, no hubo de conseguirlo, por lo cual, y visto el lastimoso estado en que se encontraba su hijo, concedióle el permiso que demandaba para emprender su peligroso viaje. Busca entonces un antiguo criado de la casa, casado con una sirvienta suya, llamado Mateo, que, descalzo, según el uso de aquel país, se presta á acompañarle. Parten al cabo sin que la madre del héroe se aperciba, y llegan, conversando acerca de lo que diría la posteridad de sus hechos, á Villaviciosa. Allí pondera las cosas de Asturias, y se dirige luego al Puerto de Pajares, encontrándose en el camino con un caballero de la Alcarria, D. Tomás de Mena, con el que disputa sobre el origen del Principado de Asturias, diciendo que para hacer ceder de sus derechos al trono de Castilla á Juan Gante, Duque de Alencastro y yerno de Don Pedro el Cruel, fué preciso que Juan I de Castilla se conviniese en casar á su hijo Enrique con la hija de aquél, Catalina, bajo condición de que los primogénitos de España habrían de ser llamados Príncipes de Asturias, siendo de este modo como el 1338 el rey Don Juan dió á los descendientes de este matrimonio el citado título.

Continúa á León, donde de nuevo disputa con unos religiosos sobre nobleza, y después á Cedinós, Tordesillas, en cuyo lugar enferma, y da noticia del origen de los Infanzones. Derívase este nombre de un tal Mozón, soldado del rey visigodo Rodrigo, el cual fué animado en la batalla del Guadalete por éste, diciéndole: *¡Iza Mozón!*; y casado luego con Flora, dueña de la *Vega* del Jalón, á sus descendientes se les dió el nombre de In-fan-zones de la Vega. Sigue á Arévalo, y por fin llega á la corte. En ella traba amistad con D. Gregorio Prieto, á quien conoce en el *Mesón del Dragón*,

de la Cava Baja, y con él visita el Prado, ve la procesión del Corpus, desmayándose después de un patético discurso que allí pronuncia; asiste á los toros, cuya fiesta no le agrada; examina la Armería Real, se recrea en el teatro, acude á los Consejos; sirve de diversión á un Duque de la Muela; acábansele los recursos y tiene que ponerse á peón de albañil; recibe dinero de sus padres, á quienes escribe la triste situación en que se encontraba, y desengañado abandona la corte, pasando á Oviedo, donde descansa en casa de su tío Rosando, y vuelve al fin al punto de su partida arrepentido de su inútil viaje, terminando la obra con una invocación á Cervantes para que desde su tumba la preste alientos.

\*  
\* \*

Poner de manifiesto el amor que todos los asturianos tienen á las cosas de su país, amor que hace á un hombre abandonar cuanto tiene para recordar al mundo entero lo mucho que los nobles deben á aquella tierra, origen de nuestra Reconquista, y atacar á la *nueva clase* de magnates, entonces existentes, que nada de sangre azul corría por sus venas, es el objeto capital de este libro. El fin, digno del mayor encomio, encuéntrase oscurecido por los ridículos medios de que hubo de valerse el autor de esta historia, porque no solamente nos pinta un hombre de quien nadie hace caso, sino que sirve de burla y escarnio para todos los que escúchan, maravillados de su locura, sus empecatados discursos, teniendo que volverse á sus tierras, corrido, avergonzado y arrepentido de haber soñado en despertar á los nobles, á quienes habla lo que todos tenían relegado al olvido.

Hay, no obstante esto, ingenio en la obra y gran destreza en la exposición del argumento; el lenguaje, bien manejado, se hace monótono en los largos discursos que pronuncia el criado en su dialecto patrio; los episodios, muchos de ellos prolijos y cansados, están poblados de descripciones, algunas de las cuales merecen ser leídas por ser dignas imitaciones de otras contenidas en el *Quijote*.

## VI

Titúlase la última de las imitaciones importantes del *Quijote*: *El Quijote del siglo XVIII ó Historia de la vida y hechos, aventuras y fazañas de Mr. Le-Grand, héroe filósofo moderno, caballero andante, prevaricador y reformador del género humano, obra escrita en beneficio de la humanidad y aplicada al siglo XIX*, por D. Juan Francisco Siñeriz (1). Madrid, 1863. Dividida en dos partes, consta de cuatro tomos en 12<sup>o</sup>, de letra clara y gruesa, impresos en casa de D. Miguel de Burgos.

Contiene un *Prólogo al lector*, declarando que el objeto de su libro es «combatir los libros de la mala filosofía;» un *Prospecto*, donde se escribe Cervantes con b, «por ser ésta su verdadera forma de escribirse,» y comienza el argumento, desenvuelto de esta manera: En una ciudad de Francia vivía un rico comerciante, viudo, con un hijo muy virtuoso, que era todo su encanto. Cuando éste contaba con veintiún años, hubo de darse un banquete en celebración de su natalicio, en el cual alabaron todos los comensales el indiscutible mérito del muchacho, por lo que el padre, llegada la noche, tuvo un horrible sueño, apareciéndosele su fortuna aumentada considerablemente con el auxilio que su hijo le prestaba, y después un monstruo anunciándole que había de morir muy pronto. Sobresaltado y lleno de espanto despertóse enfermo, y á los trece días murió. El joven fué sacado de su casa, con el objeto de que se distrajese, y llevado á París en unión de su ayuda cámara, criado «de agilidad extraordinaria, gracioso, oportuno y sobremanera satírico,» llamado Roberto, el cual, para alegrar á su amo, á quien estimaba mucho, fingese enfermo en el camino, teniendo un físico que aplicarle unas lavativas, cuyo efecto es

---

(1) Una traducción francesa (París, 1837, imprenta de Maul et Renan) titúlase equivocadamente *Le Quichotte du XIX<sup>e</sup> siècle, appliqué au voyage de Mr. Le-Grand*.



provocar la hilaridad en todos. Con el nombre de Mr. Le-Grand, el amo, y Petit, el criado, entran en París, maravillándose de ver tanta gente reunida en el paseo, y hospedándose en una fonda, donde le asalta la peregrina idea de hacerse filósofo. Examina la población, no queriendo detenerse ante la estatua de Luis el Grande, «símbolo de la barbarie y de la ignorancia,» y visita la Biblioteca de San Víctor, á la que, sin interrupción, asiste por espacio de tres años, á fin de poner en práctica su empeño de empaparse en la filosofía moderna y en todos «aquellos delirios de que tenía idea por la recóndita librería que poseía en su casa.» Obstínase en que su criado estudie infinidad de libros (ochenta arrobas) que había comprado, y le señala cuarenta y siete, tan distintos como el *Diccionario filosófico* y los *Cuentos* de Voltaire, para que pudiera tener entrada en la *Academia subterránea*, á que él pertenecía, y á la cual «acudían unos hombres con gorros encarnados.»

Pasado algún tiempo visitan ambos esta sociedad, pronunciando Mr. Le-Grand un discurso «sobre la creación de nuevos mundos y nuevos habitantes,» refutando á un socio que pretendía darle lecciones, y convencida la Academia de sus argumentos, concédesele el título de *Héroe filosófico*, dándosele la honrosa comisión, por él aceptada con gusto, de ir á pregonar por el mundo «las consoladoras ideas de libertad, igualdad y fraternidad.»

Ebrio de gozo por la distinción aquélla pónese á saltar en su casa, y cayendo al suelo, se hiere en la cabeza, acabando de trastornarse por completo. El escudero, también entusiasmado, arregla los preparativos del viaje, tomando un criado, Jacobo Condorcet, y parten á los pocos días, encontrando en el camino á un jornalero trabajando en el campo, y el loco trata de obligar, fiel á sus ideas, á su amo á que con él divida su hacienda; éste contesta pidiéndole su caballo y desaparece de su vista, dejándole burlado. Continúa su viaje y es encerrado en la cárcel, en un pueblo adonde llega, por impostor, si bien es suelto así que conocen su locura; sigue á Calais, deteniéndose para ver el mar, en casa de un compañero, siendo arrojado al agua por su nuevo ro-

cinante, nombrado Azabache, y asegurando después que las olas le habían jurado *extender* sus doctrinas.

Prosigue á Amiens, incomándose con Petit por contradecirle y sustituyéndole por Jacobo, al cual consulta sobre su proyecto de hacerse unas alas de un cuarto de legua para volar; en la ciudad asiste á una Asamblea, suspendida por el prefecto de policía, por la denuncia de un padre á cuyo hijo los congregantes le estaban desplumando, y visita luego á Ruan, Orleans, pronunciando ante la estatua de Juana de Arco una oración y sirviendo de entretenimiento á los estudiantes de la Universidad, con quienes discute; á Nantes, Vendée, tratando de robarle unos bandidos, y Burdeos, recibiendo un pliego de París, dándole instrucciones sobre lo que hacer debía.

Embárcase en el *Volante* á las cinco de la mañana, maréase atrozmente el héroe, traba amistad con el comandante y éste le describe durante el viaje Cuba y Habana, América, el puerto de Veracruz y el cabo de Buena Esperanza. Sorpréndele una borrasca, y pasada, sigue aquél sus narraciones con el modo como los antiguos hacían el comercio con las Indias orientales.

Dale Petit consejos sobre lo que cuando sea rey debe hacer; continúa el capitán dándole noticias sobre la colonia holandesa, la isla de Madagascar, la Compañía de las Indias, formada por el Ministro de Luis XIV, Colbert, y las costumbres de los salvajes; el Mar Rojo y el comercio por él de los antiguos; las costas de la ciudad de Ormuz y su lujo asiático; el Indostan: usos, religión y costumbres; la isla de Ceylán é introducción de los holandeses en ella; su comercio con las costas de Malabar; la historia de la Compañía Inglesa y sus adelantos introducidos en la India; el extracto del Samkret ó Biblia índica: su religión, usos y costumbres; la conquista de Malaca por Alburquerque y la traición de que se valieron los holandeses para apoderarse de ella; la isla de Sumatra, Java y su capital Batavia; las Molucas, Célebes y Borneo; las Filipinas: clima, producciones, adelantos, costumbres y usos; su fomento por la Sociedad Económica y la Real Compañía; toma de Manila por los ingleses y su recon-

quista por los naturales, auxiliados de algunas tropas; la Cochinchina, reino de Siam: usos y costumbres; la China, adonde llegan: su historia; el Japón y la dominación portuguesa desde el cabo de Buena Esperanza hasta el Mar Rojo; islas Marianas é historia de Rusia; el sistema planetario; la historia de California. Llegada á Acapulco y su descripción; conferencia el loco con un compañero sobre la Inquisición, y por fin, convéncele el capitán de sus errores, regala sus libros á un compañero; escucha todo asustado los horrores cometidos por sus cofrades en la revolución francesa de 1789. Cae enfermo; sepulta sus libros y se dedica á estudiar la filosofía sagrada; hace un extracto de la Biblia, comparándola con las doctrinas antes profesadas y se convierte en religioso.

Acábasele el dinero y encuéntrase en la miseria; abjura de todos sus errores y hace su testamento, ordenando que sus riquezas se empleen en la impresión de Biblias, que se repartirían gratis entre el pueblo; se compre el *Volante* para ser regalado á su capitán, que en sus últimos momentos de él no se separa; se entreguen ciertas cantidades á sus fieles criados y lo restante se distribuya entre la gente necesitada, muriendo á poco en la fe de Cristo, y siendo cumplido todo lo por él dispuesto.

\*  
\* \*

La obra descrita es sin duda alguna la de menos importancia entre todas las expuestas, y la menos recomendable por su escaso interés. Si bien la erudición que este autor muestra, sobre todo en la segunda parte, es suficiente á merecer las mayores alabanzas, no puede negarse que en esta misma segunda parte hay capítulos enteros cuya notoria y absoluta carencia de interés hacen insoportable su lectura. Bien pudiera decirse que más que una imitación del *Quijote* es un tratado de geografía, donde se consignan algunos curiosos datos y noticias entresacadas de las mejores obras de esta clase.

Por lo que respecta á su protagonista, es solamente un filósofo loco que, entusiasmado con las doctrinas modernas y alucinado por las interesadas ovaciones que sus cofrades le

hacen, pierde el sentido, abandona cuanto tiene y corre por el mundo con una idea fija, que nunca es llevada á la práctica. No interesan sus hechos ni el lector se conmueve con sus fríos episodios; ninguna escena deleita, ni hay suceso en que, identificados con el héroe, tomemos parte.

El escudero tampoco resulta un tipo como el soñado por el autor, sin duda: criado moderno, combate en el terreno de la filosofía, que estudia, las ideas de su amo; alientalas algunas veces; otras se ríe de sus intentos; pretende ser gracioso y distraer á su amo, y sus chistes no tienen alcance ninguno; es, en una palabra, un tipo frío y descarnado.

Hay, no obstante, en esta imitación bastantes bellezas; correcta dicción, limpio estilo, galana frase y una sana y recta intención de destruir las perniciosas ideas propagadas por las sofísticas escuelas, de las cuales hace mordaz y justa sátira y de las que parece estar bien al corriente, son las bellezas que resaltan más en ella.

## VII

Interminable resultaría este artículo si hubiéramos de continuar exponiendo, tan sucintamente como hasta aquí lo hemos hecho, el asunto de todas las demás obras que se han escrito imitando al *Quijote*. Expuestas las más importantes, por encontrarse caracterizadas las unas por su estilo, análogo al empleado por Cervantes, las otras por continuar la vida de Sancho con alguna lógica, y, finalmente, por satirizar las últimas los vicios y defectos más comunes de una sociedad, cúmplenos ahora dar noticia de las demás que existen y cuyo conocimiento ha llegado hasta nosotros.

El legendario cronista del famoso hidalgo, Cide Hamete Benengeli, sirvió á un literato para redactar una obra, anónima por tanto, titulada *La moral del más famoso escudero Sancho Panza, con arreglo á la historia del más hidalgo manchego Don Quijote de la Mancha*, impresa en 1793, Imprenta Real, cuyo objeto era «deducir la moral que su entendimiento trasluciese» de los hechos realizados por los dos héroes.

Especie de comentario al *Quijote*, no tiene más importancia que la de revelar un profundo conocimiento del autor acerca de la obra, deducido de un concienzudo estudio de la misma.

El mismo autor, y con la misma fecha, publicó en Sevilla una *Historia de Sancho Panza*, en la que se finge al escudero, muerto su amo, alcalde de su pueblo y luego gobernador de una provincia, siendo, por último, conducido á la cárcel en castigo de sus numerosos desmanes y desaciertos. Sin interés ninguno, no tiene esta obra la más mínima importancia, ni por su idea ni por su forma, destemplada y fría, ni menos por su fin, que es inesperado.

\*  
\* \*

En la escena son también múltiples las ocasiones en que ha aparecido el *Caballero Andante*, siendo el poeta que por primera vez llevóle á ella Francisco de Ávila, nacido en Madrid, en un entremés titulado *Los invencibles hechos de Don Quijote de la Mancha*, atribuído á Lope de Vega, y como tal publicado entre las comedias que fueron impresas en Barcelona (1617). Su argumento está basado en la vela de armas, la batalla sostenida con el arriero y la ceremonia de armarle caballero en la venta.

Guillén de Castro, poeta valenciano, nacido (1567) de ilustre familia, y muerto (1631) en la indigencia, hasta el punto de tenersele que enterrar de limosna, escribió, más adelante, una comedia, nominada *Don Quijote*, tomada de la primera parte, describiendo los amores de Dorotea y D. Fernando, la locura de Cardenio y el sorprendente encantamiento del Hidalgo, que es conducido á su casa en una jaula. Alterados en su forma los lances de la novela original, conserva, sin embargo, la *fabla* de los principales personajes, tendiendo siempre á imitarle. Está escrita en redondillas rotundas y armoniosas, y fué impresa en su *Teatro* (1614, tomo I), siendo luego publicada suelta, con unos grabados muy malos en madera. De este autor, nota Tiknor (1), la imitó el francés

---

(1) Tiknor, *Historia de la literatura española*.

Guerrin de Bouscal por los años 1630 á 1650, y fué presentada al teatro francés en 1638.

El mismo Castro escribió después otra comedia con el título de *El curioso impertinente*, que, como su nombre indica, está sacada de la novela picaresca que Cervantes introdujo en su obra, con el objeto de explorar el ánimo del público (1). Aunque muy bien versificada, no es su mérito tan relevante como el de la primera.

Calderón de la Barca fué autor de una comedia, *Don Quijote de la Mancha*, que por desgracia se ha perdido, y que según nota D. Diego Clemencín (edición del *Quijote*, tomo IV), debió ser la que León Pinelo dice en sus *Anales manuscritos de Madrid* se representó en el palacio del Buen Retiro, durante las fiestas de las Carnestolendas, el año 1637.

Además, un ingenio desconocido escribió la comedia *El Alcides de la Mancha y famoso Don Quijote*; D. José Maqueda, la titulada *Sancho Panza en su gobierno*; Gómez Labrador, *El amor hace milagros, ó Don Quijote de la Mancha*, que pone de manifiesto los amores que el Hidalgo sostuvo con la sin par Dulcinea; D. Juan Pisón y Vargas, *El Rutzvanscadt ó el Quijote trágico*, tragedia en tres actos y en verso; D. Francisco Martí, *Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza en el castillo*, comedia que describe los sucesos ocurridos á ambos durante su memorable estancia en casa de los Duques, y las sabrosas polémicas sostenidas con el Cura por el primero; D. Antonio Valladares, *Las bodas de Camacho el rico*, y con el mismo título D. Juan Meléndez Valdés publicó en 1784 una comedia conteniendo algunas poesías pastoriles «bastante buenas, pero no muy acomodadas á las rústicas y maliciosas agudezas de Sancho» (2). Obtuvo este poeta, nacido en Extremadura (1754) y muerto en Montpellier (Francia, 1817) un triste éxito de su obra, escrita para concurrir á un premio, ofrecido por la villa de Madrid, porque quiso acomodar, dice en

(1) Véase para este punto concreto el excelente trabajo titulado *La novela picaresca*, que mi docto amigo el Sr. D. Francisco Javier Garriga dió á luz en esta REVISTA.

(2) *Historia de la Literatura española*.—Tiknor.

sus *Orígenes del Teatro* D. L. F. de Moratín, los diálogos del *Aminta* con los del *Quijote*, y «resultó una obra insoportable en los teatros públicos.»

D. Ventura de la Vega escribió también sobre este asunto; D. Narciso Serra es autor de *El loco de la guardilla*, tan conocida y tantas veces representada en nuestros días; el elegante prosista D. Juan Valera redactó un erudito *Discurso sobre el Quijote y las diferentes maneras de comentarle y juzgarle* (Madrid, 1864), y tantos otros más que, de citar sus nombres, harían inagotable esta lista.

Todos estos autores que han derramado su ingenio poniendo en rotundos versos ó castiza prosa los inimitables hechos del inmortal Hidalgo, son dignos de las mayores alabanzas y de los elogios más grandes; pero todos ellos, escribe un ilustre comentarista del *Quijote* (1), tropezaron en su camino «con los escollos que siempre ofrecerá el mérito de Cervantes á los que se pongan en el caso de que se los mida y compare de cualquier modo con el Príncipe de nuestros ingenios,» porque sólo—añade también un famoso poeta, cuya pérdida aún lamentan las letras patrias (2),—á Cervantes le fué concedido animar á Don Quijote y Sancho; su lenguaje no puede traducirse ni contrahacerse: es original único é inimitable.»

CÉSAR MORENO GARCÍA.

Madrid 1.º Noviembre 1891.

(1) D. Diego Clemencín, tomo IV de su *Quijote*.

(2) D. Francisco Martínez de la Rosa, tomo II de sus *Obras literarias*.





## ACONTECIMIENTOS LITERARIOS

1890

Marinas.—Flores.—En la Montaña.—Poesías de D. AMÓS ESCALANTE (Juan García). (1)

Tienen atracción enérgica las montañas, fenómeno que la ciencia explica y el péndulo comprueba, y que, en virtud del íntimo y misterioso enlace entre lo corpóreo y lo anímico, no se limita á las masas, trasciende con fuerza, quizá más poderosa, á las voluntades.

Son los habitantes de las navas ó llanuras propensos á abandonarlas, movidos también por la monotonía que suelen ofrecer; mas los que hubieron vida en abruptos cantiles ó en amenos y sombríos valles, si por acaso los huyeron, á ellos se restituyen al impulso de nostálgico apasionamiento.

De la influencia que el nativo terruño produce en los afectos y, por tanto, en las obras artísticas tenemos en la actualidad dos notables ejemplares de estudio en la montaña española por excelencia, ó sea en la santanderina: uno justicieramente renombrado; otro no tanto como por sus producciones literarias merece serlo.

José María de Pereda y Amós Escalante, que son á quienes nos referimos, ofrecen notable parecido; una es su raza, idéntica su cuna, y, en sus aficiones, á través de los distintos

---

(1) Un tomo de 16×12×1.—Santander.



medios de expresarlas, se trasluce tal semejanza que diríase que es el segundo en muchos casos traducción en verso del primero; con tonos, que no son colores distintos, pintan unos mismos cuadros, que ambos toman por modelos los que dadivosamente les imbuye la madre patria, y en ambos se percibe el característico *sabor de la tierra*.

Parécense en el hoy rarísimo conocimiento del idioma castellano, siendo conservadores y neologistas á la vez en tal concepto; su frase es enérgica y concisa, su sintaxis trabada y castiza puede servir de freno y norma; estudiados con detalle y fijeza mayor, resulta más musculoso y contundente el primero, más vago, más indeciso, más soñador el segundo, y hasta diré más femenino, pero con la *femineidad* viril de las heroínas de Pereda.

Mi conocimiento literario con Amós Escalante data de la publicación de un libro suyo, *Del Manzanares al Darro* (1863), al cual me encariñé por lo admirable y discretamente escrito; debiendo advertir, para que no se tome á expansión amistosa cuanto aquí digo, que no le conozco personalmente; que durante muchos años, en mis soliloquios, y en mi catálogo ha figurado con el nombre de *Juan García*, seudónimo que empleó en sus primeras obras, y que mis trabajos me ha costado dar en pública biblioteca, no habiéndolo en las librerías, con el volumen que ha de ser tema de esta deslavazada mención crítica; pero habituado á leer con deleite en sus obras, que aparte de la dicha son *Del Ebro al Tíber* (1864), *Costas y montañas* (1871), *En la playa* (1873), *Ave Maris Stella* (1877) y el artículo «La Montañesa» en *Mujeres españolas y americanas*, quise conocerle como poeta en verso, al entender, no sé por dónde, que lo era su último libro, publicado ó cosa así, tal es la rareza de ejemplares corrientes.

*Marinas*, *Flores* y *En la Montaña* son los títulos de las tres partes de que consta, y al compararlos con los antes mencionados, confirman cuanto acerca de las aficiones del escritor hemos dicho: busca y encuentra los asuntos en su propia comarca, y si alguna vez se sale de ella, como Pereda en *Pedro Sánchez*, no abdica de su personalidad regional,

antes bien hace gala de ella utilizándola como punto comparativo.

El grupo intermedio, que denomina *Flores*, revista de algunas de las que, autóctonas ó trasplantadas, crecen junto al Cantábrico, es lo más débil de la obra; el temperamento de Amós Escalante no es para jardinero literario, y dista mucho el ramillete, trabajosamente formado, de poseer la frescura y lozanía del que nos presentó Selgas en su *Primavera*, el cual, dicho sea de paso, se agostó muy mucho en el siguiente *Estío*.

Aun así contiene bellísimas composiciones, y en ellas alguna que otra hilada de versos hechos con singular maestría; traslado como comprobante la que lleva por título *Anónima*:

No sé tu nombre, pero sé tu aroma;  
á quien su aroma sólo busca y ama,  
¡qué importa, cuando en mano la flor toma,  
cómo la flor se llama?

No tiene nombre el alma que suspira  
en una voz, ó en unos ojos llora,  
y sin nombre nos prende y nos inspira,  
sin nombre se la adora.

No sé tu nombre, flor que en las arenas  
cántabras luces el perfil gallardo  
y el color de las castas azucenas,  
y la esencia del nardo.

Mas donde quiera que, verdad ó engaño,  
no entibiada por tiempo ni distancia,  
en hora oscura ó en lugar extraño

llega á mí tu fragancia,  
finges al distraído pensamiento  
la patria costa, el montañés paisaje  
y al anheloso oído el soñoliento,  
rumor del oleaje,

y á esta alma silenciosa, adormecida  
al arrullo feliz de la memoria,  
¡qué breve sueño de encantada vida!

¡qué suspirada glorial!

¡Oh! Si del bien que amó, del bien que sueña  
halla en tu aroma la ilusión el hombre,

pálida flor de la marina breña,  
 ¡qué le importa tu nombre!

Rasgos hermosos hay en los que dedica *Á la Violeta*:

en las hojas del libro de un poeta,  
 marchita, no olvidada;

y á pesar de lo manoseado del asunto, ofrece cierta novedad  
 el monólogo de *La Mariposa*:

.....  
 es ley de mi vida errante  
 ser sincera enamorada  
 y pasar por inconstante.

.....  
 ¿Por qué la opinión me infama?  
 Si soy voluntad que muda,  
 soy quien tan de veras ama  
 que en la llama arder no duda,  
 si encuentra hermosa la llama.

.....  
 ¿Será más firme en amor  
 rosa, que de mí se queja,  
 y da los aires su amor,  
 y á la oruga y á la abeja  
 y á cuanto vive en redor?  
 Si me llaman noche y día  
 una y otra poesía  
 flor alada, viva flor,  
 animada pedrería,  
 luz del aire y su color,  
 corta maravilla fuera  
 que, por aura lisonjera  
 tentada y desvanecida,  
 en las sendas me perdiera  
 con que lisonja convida.

.....  
 Ávida de amor me veis  
 y á otro amor os distraéis,

flores, ¿de qué me acusáis?  
Si guardarme no sabéis,  
¿por qué perderme lloráis?

quejas que traen á la memoria las místico-sociales de Sor Juana Inés de la Cruz, la poetisa mejicana.

Puesto que de monjas y de flores estoy tratando, no juzgo extraño á mi tesis hacer mención de otro ramillete que de las últimas leo en *La Veu de Catalunya* con la firma *Sor Eulària* y por lugar el Monasterio de Pedralbes: dícenme que son debidas á la pluma de una señorita que se llamó en el mundo Carmen Anzizu, y encuentro en ellas un aroma claustral encantador, un buen misticismo derivado de la lectura de los *Idilios* de Verdaguer, y un candoroso y popular respeto á la Virgen á quien las dedica. Comienza así la colección:

ROSA BOSCANÀ

De petita, petiteta  
ya sabia jo, qui sou  
sabia, que us agradaba  
ser voltadeta de flors;  
prou que la mare m'ho deya  
tot fentme'n cullir pel bosch,  
ara'm fa resá'l rosari  
qu'encara'l trobeu mes dols,  
al estiu vora la porta  
al hibern vora del foch.  
També tinch una corona  
que m'ha penjadeta al coll;  
si la volguesseu preneula,  
mes la que us duch es mellor;  
per cantar Ave-Marias  
als angels los farà goig:  
jo mateixa l'he teixida,  
lligant roses de pastor.

Escalante no suele ver en la flor más que la flor misma;  
no la toma como medio, sino como fin, y, en una palabra, su

índole no se presta á la pastosidad ni á la coloración que el asunto por manera tradicional exige.

Le preferimos en las playas y en las montañas, identificado con ellas, detallándolas y tratándolas como pedazos ó como elementos de su existencia: el sacerdote bendiciendo desde la orilla á las víctimas del galernazo; el olivo que lleva

paz en las ramas,  
luz en los frutos,

como consecuencia de estar impregnado de sangre y sudor divinos; las populares costumbres y los horrísonos aúllos del mar están tratados sin revelar artificio y como frutos que se desprendan en sazón de árbol savioso.

Hé aquí los versos robustos y sentidos que dedica, á modo de epitafio, á los náufragos de la galerna, cuyos estragos describió antes con aterradora verdad:

Del mar perdidos en la azul grandeza,  
sepulcro no tendrán, no tendrán losa;  
mas luto viste la ciudad llorosa  
y un pueblo entero por sus almas reza.

Con pecho firme y noble fortaleza  
anduvieron la vía dolorosa;  
su vida acaba de dolor penosa,  
su eterna vida de descanso empieza.

Curtió su tez el proceloso viento  
y el remo duro encalleció su mano;  
respetáronlos duda y desaliento,  
así fué su morir, morir cristiano:  
á su fe daba luz el firmamento  
y escudo á su valor el Océano.

Quédense para los meridionales, cuya imaginación, á la manera que un prisma, diversifica los rayos del sol que de lleno les hiere, las flores y los colorines; bien cuadra la robustez y el dejo brumoso y melancólico en los hijos de las montañas, en los cotidianos festejos de la grandeza y de los abusos de la mar; tal y no otro es, en mi sentir, el verdadero y fecundo regionalismo literario.

Por eso repito que en *Marinas* y *En la montaña* me deleita más que entre *Flores*; le encuentro allí menos ficticio, más agreste, casi diré *más Pereda*; que tienen los grandes escritores el poderoso don de hacernos amar lo que ellos aman, y ya no hay en España quien no conozca y quiera *la montaña*.

Habituado Amós Escalante (ó Juan García, si él lo prefiere) á la sintaxis y á la economía de la prosa, y quizá también por concentración habitual de espíritu, resulta demasiado conciso; no extiende las alas de su imaginación, y en sus versos falta, ya que no ampulosidad, cuando menos amplitud; abusa del verbo y emplea con escasez el calificativo, que suministra tanto color y alma á la frase, al tiempo que personalidad formativa al artista. La quintilla siguiente evidencia, á mi ver, el reparo que, sin temor de equivocarme, me permito señalar:

*Quien espera y alto mira  
paz alcanza y dicha goza;  
suerte humana muda y gira,  
canta el viento si suspira,  
ríe el agua si solloza.*

Nótase apretura de ideas, que en el verso, como en la música, han de ser algo diluídas y trasmudarse por grados insensibles; no siempre escribe así, como hemos visto; no pocas veces, y como efecto físico obligado por la excesiva concentración, se desata en expansiones y arranques que, no llegando al extravío y exageración de muchos, lo reputan legítimo hijo de Apolo.

Podría ahora decir que entre sus versos de forma irreprochable hay frases embutidas á golpe de pisón; concordancias como la de *próspero azar*, que no pueden perdonarse á quien tan conocedor se muestra del verdadero significado de las voces, y, echarme luego, armado de pinzas, al ojeo de ripios, pleonasmos y otras garambainas; mas puesto que no faltan quienes *con encarnizamiento* se dedican á esta complementaria é ingrata tarea, estimándola único objeto de la crítica, y

resultándoles, según parece, inefable placer y alivio en ello, *con su bilis se lo traguen*; bien que me asalta el temor de que, no siendo el autor de *Marinas y Flores* de los que están, como debiera, en labios públicos, por culpa de su modestia y por ineficacia de mi propaganda, no le consideren aún digno de sus iras.

MELCHOR DE PALAU.





# LOS PRÍNCIPES DE LA POESÍA ESPAÑOLA

POR D. JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

---

*Continuación (1).*

DE DON MARIANO ROCA DE TOGORES

MARQUÉS DE MOLINS

CABALLERO DE LA INSIGNE ORDEN DEL TOISÓN DE ORO

---

SONETOS

I

EN LA DECLARACIÓN DE LA MAYOR EDAD DE S. M.

LA REINA DOÑA ISABEL II

Recuerdan dos Alfonsos de Castilla  
Las Navas y el Salado á los infieles;  
Fernando y Jaime dan á sus corceles  
Las flores de Valencia y de Sevilla.

Lanza Isabel á la africana orilla  
El pueblo de Cegrés y Gomeles,  
Y en dos mundos recoge los laureles  
Mano que no blandió marcial cuchilla.

Hoy al solio de un pueblo levantada  
Tierna Princesa, sin temor asciende;  
Que si el cetro no es como pesada

---

(1) Véase la pág. 507 de este tomo.



Segur, ni azote que á la patria ofende,  
Basta á regirlo mano delicada,  
Y la mano de Dios que al Rey defiende.

## II

EN EL NACIMIENTO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL  
TRES VECES PRINCESA DE ASTURIAS

Mantuvo el trono de Isabel segunda  
El ángel tutelar de las Españas;  
Y su pueblo con ínclitas hazañas  
La sima desleal cubrió profunda.

No temas, regia madre, que se hunda,  
Cuando el ángel que dieron tus entrañas  
Lo guarda, y desde el solio á las cabañas  
El llanto de placer la patria inunda.

Quizá revuelve de Isabel la gloria  
Tu hija, ó vuelva á insólitos pendones  
De Catalina y Blanca la memoria;

Sí; que del polo Sur á los Triones  
La española virtud llena tu historia  
Cual pasma su lealtad á las naciones.

## III

MI DESTINO

Campo estéril, mortífera laguna  
Me vió nacer, y la yermada arena  
Présago iluminaba de mi pena  
Fúnebre rayo de sangrienta luna.

Trueno de muerte me arrulló en la cuna,  
Cuando Castilla, al sacudir la ajena,  
Forjaba ya la bárbara cadena  
Que dió al Corso tirano la fortuna.

Mi primer tierno involuntario llanto  
Unióse al llanto de la patria mía,  
Y mis ojos lloraron su quebranto.

De entonces miran de la luz del día  
Lúgubre antorcha de dolor y espanto  
Y amo á mi patria y lloro su agonía.

## ROMANCE

## LA TOMA DEL HÁBITO DE CALATRAVA

Á LA SEÑORITA D.<sup>a</sup> CARMEN DE AGUIRRE SOLARTE

Verdad es que mis mayores  
Vistieron la cruz de Alfama,  
Cuando con sangre compraron  
Los verjeles de la Daya.  
Verdad es que desde entonces  
Adornan sus rojas aspas,  
Si no la casa en que vivo,  
El sepulcro que me aguarda.  
Verdad es que son mis deudos  
Los Borjas y los Zangladas,  
Nobilísimos Maestres  
De aquella milicia sacra;  
Y que cuando el Rey Don Pedro  
Con la hueste castellana  
Quiso asaltar de Montesa  
Las más guarnidas murallas,  
Un soldado de mi sangre  
Le forzó á volver la cara;  
Y por cierto que corrieron  
Jinetes de Calatrava.  
Todo es verdad, y con esto  
Te pido, Señor, la gracia  
Que esta insignia allí vencida  
Me des por timbre y por gala.  
No porque yo á tus Maestres  
Envidie la estirpe y fama,  
Ni el valor de sus conquistas,  
Ni el tesoro de sus arcas.  
No les tengo por más nobles;  
Que no ceden en prosapia  
Á Girones y Pachecos  
Los Cardonas y Moncadas.  
Ni les envidio el denuedo;  
Que ¡por San Jorge! aventajan  
Valencia y Murcia rendidas

Á Córdoba y á Granada.  
Y aunque sobre henchidas trojes  
Encomienda Calatrava,  
En los campos de Montesa  
Crece la poma dorada,  
El puro azahar se respira,  
Y conquistados del Asia,  
El fresco grano y la seda  
Se alimentan en sus aguas.  
No se temen ni se envidian  
Estas órdenes hermanas:  
Entrambas son españolas,  
Hijas del Cister son ambas;  
Y si hoy te pido de hinojos  
La cruz de las cuatro espadas,  
Cubre el corazón con ella  
Y escucha en breve la causa.  
Allá en el mar de Lepanto,  
Siguiendo al caudillo de Austria,  
Vencedor ya, fué vencido  
De una cautiva cristiana,  
Tan discreta como bella  
Y tan bella como ingrata:  
Que si recuerdan su nombre  
Los pensiles de la Alhambra,  
Al cabo es flor que entre el hielo  
De la indómita Cantabria  
Tuvo su origen, nacida  
En la obscura Gran Bretaña;  
Y que primero de abrirse  
Al vivo sol de mi patria,  
Del frío y túrbido Sena  
Probó las mudables aguas.  
El traje heleno vestía,  
Porque en ella se juntaran  
Toda la pompa de Oriente,  
Todo el donaire de España.  
En el bonete rosado  
Con los recamos de plata,  
Como naciente capullo  
Que cubre de Abril la escarcha,

Larga borla descendía  
Sobre su ebúrnea garganta,  
Cual torrente cristalino  
Sobre la nieve del Atlas;  
Y de su pudor emblema,  
Al diestro lado asomaba  
Una rosa, medrosilla  
De ver hermosura tanta;  
Y dos trenzas se desploman  
Sobre la nevada espalda,  
Negras ¡ay! como mis celos,  
Largas como mi esperanza.  
Las telas de cachemira  
Su esbelta cintura abarcan,  
Como el rosal de Borneo  
Ciñe la soberbia palma;  
Y el albor de su vestido  
Y el rosado de su falda  
Y el velo como la nube  
Que descende á la montaña,  
En medio de aquel estruendo  
Me recuerdan ¡ay! mi patria,  
Cuando Dios ríe á sus valles  
Al despuntar la mañana.  
¡La fe, la patria, el amor!  
Triple incendio que levanta  
En mi corazón llagado  
El rayo de su mirada.  
Sí; porque es modesta y pura,  
Cual nuestra fe sacrosanta;  
Penetrante, viva, ardiente,  
Como el sol de nuestra España;  
Mirada que amor respira,  
Que la voluntad quebranta,  
Que es, para decirlo todo,  
Vivo reflejo del alma.  
Un año habrá que la sirvo  
Con tan pertinaz constancia,  
Que al cabo, al cabo confiesa  
Que debe estarme obligada.  
Un día, para probarlo,

Me mostró esa cruz de grana,  
Menos roja que sus labios  
Y por su mano pintada.  
Y aún recuerdo que me dijo:  
—«Buen caballero, tomadla,  
Cual memoria de un afecto  
Que amor no inquieta ni mancha.  
Esta insignia que prefiero  
De las órdenes hermanas  
Es de nuestro afecto emblema  
Por lo noble y por lo santa.»—  
Por ende yo te demando,  
Buen Comendador, la gracia  
Que la pongas en mi pecho,  
Puesto que sabes la causa.  
Haz que me calcen la espuela,  
Y que me ciñan la espada,  
Y que el hábito me vistan  
Que habrá de ser mi mortaja.  
Y así latirá contento  
Mi corazón, pues alcanza  
El llevar hasta la tumba  
La memoria de mi amada.

## DE DON LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO

MARQUÉS DE VALMAR

MAYORDOMO Y GENTILHOMBRE DE SS. MM. D.<sup>a</sup> ISABEL II,  
DON ALFONSO XII, LA REINA REGENTE D.<sup>a</sup> CRISTINA DE HAPSBURGO  
Y EL REY D. ALFONSO XIII

---

EN MEDIO DEL ATLÁNTICO

Emblema fiel de la soberbia humana  
Sigues, pobre bajel, tu rumbo audaz;  
Y eres, aunque gigante y poderoso,  
Punto perdido en el inmenso mar.

En tu ciencia y tu arrojo no confíes,  
Ni en tus alas de lona y de metal

Si te deja de Dios la augusta mano,  
 ¡Ay de la nave que arrogante val  
 Que Él no te salve del oculto escollo,  
 Ni del rayo en la recia tempestad,  
 Ni al incendio que llevas en tu seno  
 Límites ponga y freno al huracán;

Y el insondable abismo de los mares  
 Bajo tu quilla errante se abrirá,  
 Y en vez de nave osada y ostentosa  
 Féretro inmenso y lúgubre serás.

Exhalarán los míseros que llevas  
 El ¡ay! horrible del postrer afán;  
 Voz de la muerte, aterrador gemido  
 Que ningún ser humano escuchará.

Casi al instante en remolino undoso  
 Las inconstantes olas bramarán;  
 Y ¿quién el lance infausto sospechara  
 Del golfo al ver la aleve majestad?

Á veces son las apacibles ondas  
 De estragos mil la máscara falaz,  
 Cual suele en labio femenil la risa  
 Ser de impostura y de traición señal.

Así es del mundo: afectos y memorias  
 Borra del tiempo el ímpetu voraz;  
 Si á la espléndida nave el mar sepulta,  
 ¿Quién en mi oscuro nombre pensará?

Sobre algún rostro de mujer... ¿quién sabe?  
 Lágrimas solitarias rodarán;  
 Pero ¡ay! del mundo halagador el soplo  
 Pronto el divino llanto secará!

Á bordo del steamer anglo-americano *Franklin*, 15 de Mayo de 1854. (1)

## DEL MISMO MARQUÉS DE VALMAR

### SONETOS

#### I

LA FRÍVOLA Y LA MODESTA  
 No lo puedo negar: hermosa eres;

Con tu esplendor la vista se alborozaba;  
Pareces, reclinada en tu carroza,  
La diosa del contento y los placeres.

Mi Elena no da envidia á las mujeres,  
Ni altiva y vana en dominar se goza;  
Con falso amor las almas no destroza;  
Vive en la soledad, donde tú mueres.

Tú sirves al deleite, ella al ejemplo;  
Ella ve flores donde ves abrojos;  
Tú eres luz al festín, ella del templo.

Tú brindas la tormenta, ella la calma;  
Tú hablas sólo al orgullo y á los ojos,  
Ella cautiva para siempre el alma.

## II

### UBIARCO EN LA COSTA CANTÁBRICA

#### Á DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

Rudo breñal, no mágicos alcores,  
Ves de este monte en el abrupto seno;  
Bruma, en lugar de resplandor sereno;  
Árgomas tristes, en lugar de flores.

No oyes la voz de amantes ruiseñores,  
Ni dulces cantos en pensil ameno;  
Dios habla sólo en el fragor del trueno  
Y en el furor de vientos bramadores.

Pero estos riscos, donde el mar se estrella,  
Donde nada hay risueño ni suave,  
Con su hechizo inmortal el cielo sella.

Blanda ó terrible, misteriosa ó grave,  
Naturaleza es siempre grande y bella  
Para el que amarla y comprenderla sabe.

## III

### LA AURORA DE AMOR

Pensativa las aguas bullidoras  
Contemplabas con rostro indiferente,  
Sin advertir siquiera en la corriente

La imagen de las gracias que atesoras.  
 De esa vaga inquietud la esencia ignoras;  
 Mas dicen claro el suspirar doliente,  
 Los mustios ojos, la nublada frente,  
 Que ya llegaron del amor las horas.  
 Lo sé; no amas á nadie: todavía  
 No arde en tu cielo cándido y risueño  
 El astro de tu llanto y tu alegría.  
 Amas sólo al amor: del alma dueño  
 Luego hallarás, y cobrará algún día  
 Terrestre forma tu celeste sueño.

## IV

## EL FILÓSOFO ATEO

Ciego de orgullo está: no alcanza á ver  
 Lumbre del cielo en su razón brillar:  
 Cuando eternas verdades quiere hallar,  
 Ni á sí propio se puede comprender.  
 ¿No ve del cielo y tierra todo ser  
 La existencia divina palpar?  
 ¿No es Dios luz y consuelo? Creer y amar,  
 ¿No es mejor que dudar y aborrecer?  
 Lucha es tenaz su mísero vivir:  
 Se juzga en su arrogancia semidiós,  
 Y del cielo la voz no sabe oír;  
 Jamás iré de su delirio en pos:  
 Yo quiero, como es justo, en paz morir,  
 Con la mano en la cruz y el alma en Dios.

DE DON JOAQUÍN IGNACIO MENCOS  
 Y MANSO DE ZÚÑIGA

BARÓN DE BIGÜEZAL, CONDE DE GUENDULAIN, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

## EL TRONO Y EL PUEBLO

¡El trono y el pueblo! ¡Seductores nombres!  
 ¿Qué sois? Genios de muerte,



Enseñas enemigas de los hombres;  
Títulos del más fuerte;  
Velos de la opresión, mantos de luto:  
Tarquino vistió el uno, el otro Bruto.

¡El trono, el pueblo! Lúgubres sonidos,  
Palabras dolorosas;  
Ellos valen cien siglos de gemidos  
De huérfanos y esposas;  
Mares de sangre, piélagos de llanto,  
Edades de dolor, sombras de espanto.

¡El trono! ¿Y qué es el trono? Un breve asiento  
Del poder victorioso;  
Las tumbas establecen su cimiento;  
La espada su reposo;  
La humana vanidad hace su nombre;  
El orgullo su altar, su Dios el hombre.

¡El pueblo! ¿Qué es el pueblo? Nombre vano,  
Fantasma engañadora,  
Fugaz, como en las noches de verano  
Chispa que se evapora;  
Ambiente, átomo, luz, vapor, ensueño,  
Amo y siervo á la vez, súbdito y dueño.

¡El trono! ¡Vanidad! Por él la vida,  
Las penas, los dolores;  
Por él la paz y la amistad perdida,  
La dicha, los amores;  
Él roba el hijo al paternal halago,  
Y lo lanza á la muerte y al estrago.

¡El pueblo! Monstruo acéfalo tremendo,  
Maldice á los tiranos,  
Y su puñal despótico esgrimiendo,  
Oprime á los hermanos:  
Voluble como el mar, vaga á la suerte;  
Tributa odio al vencido, incienso al fuerte.

¡El trono, el pueblo! Sus fantasmas vanas  
Brotan siglos de guerra,  
Y con capas de víctimas humanas  
Engrandecen la tierra:  
Banderas de terror fueron sus nombres,  
De mengua y de baldón para los hombres.  
Arde el saber, y la virtud se asienta

Sobre el poder violento,  
 Ve su luz el mortal, goza y alienta,  
 Y se postra á su acento:  
 ¡Almo saber! Tú salvas los humanos  
 Y al trono con el pueblo haces hermanos.

### CANCIÓN

Á LA QUE VI EN EL TEMPLO

Unos cantan desvíos,  
 Otros cantan amores;  
 Ora celos impíos,  
 Ora risas y flores;  
 Y coronan su lira  
 Con el mirto amoroso,  
 Que las ansias inspira  
 Del amante anheloso;  
 Y mi acento celebra la hermosura,  
 Postrada ante el altar, cándida y pura.  
 Era bella, y su frente  
 De alabastro y de rosa  
 Rompía refulgente  
 La sombra misteriosa;  
 Como cándida nube  
 Que en la plácida tarde  
 Desde el piélago sube  
 Y entre ráfagas arde;  
 Que el altar, fuente de la luz, envía  
 Último rayo al espirar el día.  
 Y sus lánguidos ojos  
 Á los cielos alzaba,  
 Y entre sus labios rojos  
 La oración susurraba;  
 Como el aura suave,  
 Que revuela entre rosas;  
 Como surca la nave,  
 Las aguas silenciosas;  
 La oración pura que al Olimpo llega  
 Y nunca en vano al Sempiterno ruega.  
 Y su manto de gasa

La velaba hasta el suelo,  
Como niebla que pasa  
Por delante del cielo;  
Y su esbelta figura,  
Como estatua de vida,  
En la atmósfera oscura  
Se mostraba perdida;  
Como una chispa entre la sombra densa,  
Como una estrella en la techumbre inmensa.

Los mortales en vano,  
Con impúdico anhelo,  
De aquel ángel humano  
Contemplaban el cielo;  
Que su pura mirada,  
Su ruego edificante,  
Como flecha lanzada  
Por el arco tirante;  
En vano el hombre detener intenta,  
Que sólo ansia de Dios su pecho alienta.

Y la vi levantarse  
De la pálida losa,  
Y á los hombres mostrarse  
Como el alba de hermosa;  
Y la vi por la calle,  
Que marchaba modesta,  
Como flor en el valle  
Que se oculta en la siesta;  
Y perderse á lo lejos, no sé dónde,  
Como en el aire el águila se esconde.

*(Se continuará.)*





# HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR

---

LIGEROS APUNTES  
SOBRE LA VIDA Y HECHOS HAZAÑOSOS DE ESTE CAUDILLO (1)

## XIV

PRIMER CASAMIENTO DE HERNÁN PÉREZ DEL PULGAR.—SU  
DESCENDENCIA.—SU RESIDENCIA EN EL SALAR.—FUNDA  
IGLESIA Y PATRONATO.—NOTABLE DESAFÍO DE PULGAR CON  
UN MORO.

Los primeros años de la vida de Hernán Pérez del Pulgar y sus acciones de guerra en las campañas de Portugal y en las empresas con que se comienzan estas *guerras de Granada*, ya quedan descritos, con el posible detenimiento, en los capítulos II y III de esta obra. Le hemos visto nacer y criarse al lado de sus padres, brotando su ardor guerrero del natural impulso heredado, y no reparando en su corta edad para emprender sus belicosas acciones, comenzadas en la antigua Lusitania, y continuadas en la defensa, socorro y sostenimiento de la ciudad de Alhama.

Le hemos admirado después realizando con afanoso em-

---

(1) Véase la pág. 469 de este tomo.

peño todas y cada una de las empresas guerreras que, con tan justificado motivo, le merecieron el esclarecido título del *Hazañoso*; pero entusiastas, antes que todo, por las glorias de su conquista, hemos cantado loores á sus inmortales proezas, olvidando retratar á Pulgar en su vida doméstica, y presentándolo tan grande y generoso, exento de las pasiones que matan la nobleza del alma, ejercitando costumbres tan puras, como sencillas, y cultivando con afán su hermosa inteligencia, ya que con afán también había demostrado que por sus ardidés guerreros, por la serenidad inquebrantable de su ánimo, y por su extraordinaria fuerza corporal había adquirido, y con justicia, el título preeminente del guerrero más distinguido del ejército de los Reyes Católicos.

Ocasión es ésta, ya que hemos bosquejado, aunque á la ligera, todas sus hazañas, que volvamos la vista hacia el pasado, y continuemos también su vida íntima, desde el año 1485, en que, poseedor ya de aquel gran repartimiento de tierras en Alhama, fijó allí su residencia para el tiempo cortísimo, por cierto, que le dejaba libre su azarosa vida de guerrero.

En la fecha referida de 1485, casó primera vez Fernando Pérez del Pulgar con D.<sup>a</sup> Francisca Montes de la Isla, vecindada en la ciudad de Alcalá la Real, é hija de Montecino de la Isla, Jurado de la referida ciudad. Poca fué la dote que esta señora aportó al matrimonio, consistente sólo en unas casas y viñas en el castillo de Locubín, pero rica en virtudes y bellezas corporales y morales.

Estaba dotada además de un valor impropio de su sexo, pero capaz de comprender, y si necesario fuese alentar, el extraordinario de su marido.

Su modestia corría parejas con las otras bellas dotes que la adornaban, siendo de todos amada y respetada, y apareciendo como digna generosa consorte de tan esclarecido varón, y no desmitiendo en acto alguno de su vida, la hidalga sangre que corría por sus venas.

Cumplió siempre, cual honrada esposa, las obligaciones de su estado, dedicando todo su especial empeño á la edu-

cación y solícitos cuidados de su única hija María, que más tarde fué esposa de Rodrigo de Bazán, de linajuda estirpe, regidor que fué de Granada y alcaide y corregidor de Gibraltar.

La primera esposa de Pulgar gozó de todas las hazañas de su esposo, que durante el no corto período de su matrimonio (1) ocurrieron todas las que él realizó, y durante el mismo se llevaron á cabo todas las campañas de *las guerras de Granada*. Era tal su carácter, que armonizaba perfectamente la gloria de las proezas de su marido, y los sustos de los peligros á que se exponía, anteponiendo la fama inmortal que sus empresas le labraban, á los rigores de la prolongada ausencia, y los continuos tormentos de la guerra.

Es fama que á poco de casado vivió con su esposa en Alcalá Real, y que hasta le prometieron los Reyes el primer oficio de regidor ó jurado que vacase en Alcalá Real (2); pero también es cierto que vivió así mismo en Alhama, hasta que eligió el castillo de Salar como nuevo solar de su familia, no sin que algunas temporadas pasase en Loja, donde tenía casa, y donde también fué regidor en compensación del que no llegó á obtener en Alcalá Real (3).

(1) Estuvo casado Pulgar con D.<sup>a</sup> Francisca Montes de Isla desde el año 1485 hasta el 1506, en que falleció dicha señora.

(2) Véase la Real cédula de la Reina D.<sup>a</sup> Isabel, prometiendo á Fernando del Pulgar hacerle merced del primer oficio de regidor, jurado ó escribanía de la ciudad de Alcalá Real: "*Yo la Reina.—Por la presente, seguro é prometo á vos, Fernando del Pulgar, mi criado, por mi palabra y fe Real, de vos facer merced del primer oficio de Regidor, ó Jurado, ó Escribanía del concejo de la ciudad de Alcalá Real, que en cualquiera manera vacase, para en alguna enmienda de los servicios que me habéis fecho é fagáis.—Fecha en 22 días de Abril de 1486.—Yo la Reina.—Por mandado de la Reina.—Francisco de Madrid.,,*

(3) Como prueba de que Pulgar tenía bienes en Loja, donde fué regidor, existe el privilegio que le hicieron los Reyes de asiento en el coro de su iglesia mayor, y las renunciaciones que el 16 de Octubre de 1524, y 27 de Octubre de 1526 hizo, traspasando al Licenciado Pedro de la Puebla, vecino de Granada, un oficio suyo de regidor en Loja, y cediendo el otro á su hijo Rodrigo Sandoval. También en 31 de Agosto de 1526 se otorgó á Pulgar permiso para labrar una venta en el término de Loja, que aún hoy subsiste, frente al Salar, y que todavía se la conoce con el nombre de *Venta de Pulgar*.

El año 1492, que tan glorioso había sido para el ejército de los Reyes Católicos por la *toma y rendición de Granada*, y en que tanto se distinguió Pulgar, fué también de triste recuerdo para él, pues que en dicho año murió su hermana mayor, María Pérez del Pulgar, á quien con su hermana Mencía dejó en Ocaña, bajo la custodia de una tía suya, heredera de la gloria y virtudes de su familia, y fiel guardadora del prestigio de tan ilustre casa.

Muerta su hermana mayor, trajo Pulgar á D.<sup>a</sup> Mencía al lado de su esposa, uniéndose tan íntimamente las aspiraciones y conducta de ambas señoras, que no cifraban su felicidad más que en agradar y obedecer á su marido la una, en querer y respetar á su hermano la otra, y dándose el ejemplo, pocas veces visto, de haber en la casa dos mujeres, y existir solo una voluntad.

Hernán Pérez del Pulgar, que no quería vivir más que del lustre y prestigio de sus hazañas, teniendo en cuenta que había gastado todo el patrimonio que heredó de sus mayores en *las guerras de Granada* y parte también del que en ellas adquirió sirviendo á sus Reyes á su costa, y manteniendo también á sus quince escuderos, no olvidaba que era preciso sostener y conservar alguna hacienda de la adquirida, para mantener perpetuo el lustre de su casa, el prestigio de su nobleza, y la memoria de sus hazañas; y por ello, sin vacilación alguna, determinó reunir todos sus repartimientos y donaciones en el castillo y villa del Salar, para que aquel castillo, que con tanto esfuerzo había ganado, le sirviese de asiento para su mayorazgo, y de nuevo solar para su casa, poniendo allí las armas que ganó en el Zenete y que le concedieron los Reyes al armarle caballero, en compensación de las de su antiquísimo solar de la montaña, que conservaba también, aunque en segundo lugar, como recuerdo de las glorias de sus mayores.

Retiróse por tanto al Salar; alejóse algo de la corte, residente entonces en Granada, para recobrar su quebrantada salud, y sano ya de sus pasadas dolencias, no fué obstáculo la ausencia de peligros de enemigos para que, olvidando sus armas, envainase su espada, ni colgase su lanza, sino que,

antes por el contrario, mostrando siempre su guerrera inclinación, pasaba los días ejercitando á los moradores del Salar, sus vasallos, en ejercicios de valor, disciplinándolos cual si estuviesen en pie de guerra, y dándoles sueldos y recompensándoles con largueza, por la guardia que incesantemente, de día y de noche, hacían dentro y fuera de aquella fortaleza.

Sus ratos de ocio y sus temporadas de descanso las pasaba en Loja, viviendo así en tranquilo sosiego y del crédito de sus proezas. Era tal su grandeza de espíritu, que más se preciaba de imitar las virtudes de sus mayores que de sucederles en su nobleza. Dióse con empeño á las lecturas de historia, y de los clásicos, logrando un gran arsenal de conocimientos, y crearse estilo propio, pero encastado en los ejemplos de griegos y romanos, y no olvidando nunca sembrar todos sus trabajos literarios de oportunas sentencias y discursos razonados, que á semejanza de Séneca y Valerio Máximo, esmaltan sus obras y le dan un valor inapreciable.

Buena prueba de ello son su precioso trabajo de sentencias y ejemplos, que con el título de los *Mil proverbios* escribiera, y que es la obra de más profunda enseñanza filosófica que pudiera apetecerse; su hermoso sumario sobre los hechos del *Gran Capitán*, donde se revela Pulgar como gran hablista y profundo historiador, y su *carta á D. Antonio de la Cueva*, de que nos ocuparemos en el capítulo siguiente, y que es el más acabado modelo del género epistolar, y donde se da á conocer á Hernán Pérez del Pulgar como hábil diplomático y gran arreglador de los más difíciles asuntos de que dependía la tranquilidad del país.

Su ilustración y su valor corrían parejas con su acendrada devoción á la Virgen María y á los santos, especialmente á Santa Ana, á quien también por devoción de su primera esposa Francisca Montes de Isla, al edificarse una iglesia en el Salar, la hizo á su costa y bajo la advocación de aquella santa, cuyo templo, terminado en 15 de Octubre de 1501, bajo el pontificado de Alejandro VI, hizo que con esta fundación tomase Pulgar y sus sucesores, como señores del Salar, el



título de Patronos, con todas las preeminencias de asiento y entierro en aquella iglesia, donde ni por un momento se olvidó de colocar también las armas que Pulgar ganara en el Zenete, y que fueran vivo testimonio del íntimo consorcio que existía entre el valor, la piedad y la virtud del primer alcaide del Salar.

Pero no era sólo en el Salar y en Loja, donde á poco de terminar la conquista de Granada tenía Pulgar su residencia. Venía algunas veces á Granada, y allá en el Albaicín tenía también su casa, de donde bajaba, las temporadas que pasaba en esta ciudad, para reunirse con su cuñado Francisco de Bedmar, que vivía en la calle de Elvira, y juntos pasar algunos ratos en casa de un noble castellano que tenía su morada en la Carrera del Darro. Allí con frecuencia veía á un noble moro, recién convertido, llamado Brahem Robredo, y de este conocimiento y de las frecuentes conversaciones sobre la pasada campaña, surgió un lance entre el moro y Pulgar, que por lo extraño del caso, y porque revela claramente el carácter de nuestro héroe, hemos de relatarlo con toda detención, fijando los caracteres de los que intervinieron en él, y mostrando una vez más los hidalgos sentimientos y la caballerosidad nunca desmentida de Hernán Pérez del Pulgar (1).

Corría el año de 1494.

La ciudad de Granada, que se había entregado á los cristianos hacía poco más de dos años, conservaba el espléndido atavío de las riquísimas vestiduras con que siempre estuvo engalanada. Sus florecidos cármenes y bellísimas praderas, hallábanse sembrados de olorosas flores, que esmaltaban con su encantador aroma las delicias de una hermosa primavera. La sierra nevada con sus altos picos, plateados aún, presentaba orgullosa su mágica grandeza, y la ciudad, que parecía

---

(1) La relación de este suceso es casi igual á la tradición que con el título de «Un desafío de Pulgar» insertamos con el núm. 7.º en nuestro *Libro de las Tradiciones de Granada*. Como que la escribimos, teniendo á la vista el manuscrito que nos sirve de guía en esta obra, pero con algunas variaciones de fechas ó de nombres, admitidas en la leyenda, pero que jamás cabían en la verdadera historia.

olvidada de sus fatigosas revueltas y eternas algaradas, ofrecía de continuo el cuadro de la risueña tranquilidad de todo pueblo que se ve libre al cabo de muchos años de una espantosa guerra.

El influjo de los cristianos íbase dejando sentir por todas partes, y muchas uniones con familias de la morisma, iban estrechando los lazos de íntimo consorcio entre ambas razas, creándose así una descendencia que, llevando en sus venas la sangre de los atrevidos hijos del desierto y la de los esforzados castellanos, había de realizar más tarde acciones heroicas que nos recuerda la historia.

Por otra parte, el arte cristiano iba fundiéndose ya con el árabe, y las mezquinas casas de los moros se empezaban á restaurar para ser mansión de los conquistadores á quienes las donaron los Reyes. Á la sombra de la paz que entonces se disfrutaba, levantábanse suntuosas viviendas para los grandes, donde, conservándose los primores de la arquitectura árabe, se enlazaban á los trabajos de los cristianos, presentando aquellos nuevos palacios un caprichoso conjunto, en que se estrechaban, como símbolo de fraternidad entre conquistadores y conquistados, el morisco ajiméz y la cristiana capilla.

No por esto escaseaban las revueltas y sediciones entre los moros sometidos.

Pero eran éstas alimentadas por jefes revoltosos que habían perdido su alta posición con la conquista, y por la hez del pueblo que, fanatizado por los santones, buscaba en la revolución un medio de proporcionarse posición más ventajosa, ó moría en la lucha esperanzado en las ridículas promesas de su falsa doctrina.

La gran población de Granada; esa que tanto había contribuído á la rendición de la ciudad, vivía satisfecha al amparo de las nuevas creencias, y de esa inmensa mayoría pocos eran los que de buena ó mala fe no se habían cristianizado, y aparentemente al menos vivían en paz con las justicias del país, disfrutando muchas de sus antiguas preeminencias y en íntimo trato con los principales caballeros de la conquista.

Era la antigua corte de los árabes el sitio escogido para vivir por la mayor parte de los capitanes y escuderos del ejército de los Reyes Católicos.

Todos obtuvieron donaciones de importancia, ya de las propiedades incautadas á los moros que no se sometieron, ya de las que pertenecieron á algunos otros que las cedían á cambio de particulares concesiones.

Los caballeros cristianos ocuparon las mejores casas que constituían parte de las donaciones de los Reyes, situadas casi todas en el Albaicín, la Carrera de Darro la calle de Elvira, y muchos de ellos, contentos con una parte de dichas donaciones, cedieron el resto para fundaciones de piedad y religión, naciendo á la sombra de estos guerreros insignes, mil instituciones piadosas, como para demostrar cuán unido se hallaba en aquellos héroes el sentimiento religioso y el genio de la conquista.

Muchos de estos caballeros tenían, por vía de honrosa concesión, el gobierno y custodia de las puertas de la ciudad, y el desempeño de los primeros cargos civiles y militares, y el espíritu de unión é íntima confianza seguía estrechándose más y más entre unos y otros en la tranquila vida que ahora disfrutaban en la nueva ciudad cristiana, siendo raro el día en que estos caballeros no se reuniesen para recordar los azares de la guerra, ó preparar alguna nueva reforma que pudiese ser útil al embellecimiento de Granada.

Hernán Pérez del Pulgar, que tan pronto se hallaba en su hermosa torre del Salar, de que era alcaide, y donde pasaba las más largas temporadas del año, como en su cómoda casa de Loja, donde iba algunas veces, tenía también su morada en la ciudad de Granada, como guarda que había sido nombrado de la puerta de Batrabayón y vigilante de los contornos de lo que fué mezquita mayor de moros, y para poder de este modo seguir de cerca la pista á los que se rebelasen, y salir fácilmente, como ya lo hemos visto que lo hizo, á combatir los insurrectos de la sierra en cuantas ocasiones se ofreciera.

En la alegre cuesta que sube á la que hoy es iglesia de San Nicolás, y antes fué suntuosa mezquita, hacia la dere-

cha, estaba la casa de Pulgar. Fué por él elegida, porque desde su hermoso huerto contemplaba las bellezas de Granada, y porque, dada su posición topográfica, era atalaya para que el guerrero sin descanso pudiese cuando estaba en la ciudad, vigilarlo todo, y ser el centinela avanzado de la población morisca que le rodeaba (1).

Casi todos los días, cuando permanecía en Granada, acostumbraba ir Pulgar á casa de su cuñado Francisco de Bedmar, y juntos pasaban la tarde en una hermosa casa de la Carrera de Darro, ocupada por D. Alonso de X (2), que de cerca había seguido á los Reyes en la campaña.

Entre los asiduos concurrentes á esta aristocrática morada, se citaba á un noble moro que, siendo de los primeros en proponer y ayudar la entrega de la ciudad, fué de los primeros también en obtener cuantiosos privilegios, que le hacían vivir en paz y desahogado, y que aceptando gustoso el bautismo de manos del mismo Arzobispo de Granada, se le conocía, no obstante, en la ciudad con el nombre árabe de Brahem Robredo; estas circunstancias, unidas á su carácter afable y casi adulador con sus nuevos convecinos los conquistadores, le alcanzó amistades íntimas entre los guerreros principales y las familias más distinguidas de la ciudad.

Su casa veíase siempre abierta para todos, y jamás tuvieron las justicias la más pequeña queja en su contra, pues era tan fiel guardador de las prácticas religiosas de su nueva doctrina, como obediente y fiel cumplidor de los reales mandatos.

---

(1) La casa que ocupó Pulgar en Granada no tiene, quizá por no ser conocida, ni una sencilla lápida que conmemore ser aquélla, aunque por cortas temporadas, la mansión del más esclarecido de los capitanes de la conquista.

(2) El manuscrito que consultamos, y donde detalladamente se relata el desafío de Pulgar con un moro convertido, de que ahora nos ocupamos, pinta con formas de traición el carácter del noble castellano D. Alonso de X; pero oculta su apellido, por existir en 1649, cuando D. Martín de Angulo y Pulgar escribió la sumaria historia manuscrita de su ilustre abuelo, descendientes de aquel noble desleal, que eran entonces grandes en Castilla. Por esa razón no lo podemos señalar nosotros, siguiendo las severas indicaciones de dicho manuscrito.

En el día 15 de Mayo del año referido salió Pulgar, según su costumbre cuando estaba en Granada, hacia la calle de Elvira, y acompañado de Francisco de Bedmar, su cuñado, se dirigió á la Carrera de Darro, casa del noble Sr. D. Alonso de X, que siguiendo sus prácticas diarias, recibió á sus amigos en el salón de aquel palacio. Allí, junto á las ventanas que daban sobre el río Dauro, y desde donde se observaban las deliciosas vistas del Alhambra y el bosque encantador que hay á sus pies, se encontraban D. Antonio Enríquez, y el nuevo convertido Robredo, que por rara coincidencia eran aquella tarde los únicos visitantes de D. Alfonso de X.

—Bien venido seais, mi buen amigo Hernando — le dijo éste en cuanto le vió entrar, y una vez cambiado el saludo más expresivo.—Así podremos saber el por qué no ha asistido hoy el Conde de Tendilla á la función religiosa que se ha celebrado para conmemorar la Ascensión del Señor. Lo ignora Robredo, y nuestro amigo Enríquez acaba de llegar esta tarde de Guadix, y nada puede esclarecernos de este enigma que hoy ocupa la pública atención.

—Parece mentira—replicó Pulgar—que los habitantes de Granada, que tan á fondo conocen ó deben conocer la unión inquebrantable que existe entre nuestro amigo López de Mendoza y las demás autoridades de la ciudad, den crédito á esas hablillas que bien pudieran caber en boca de nuestros enemigos, pero que sientan mal, y es ridículo las refieran siquiera los que se precian de caballeros y de cristianos. Sólo una indisposición del Capitán general de Granada ha sido la causa de no asistir como de costumbre á la fiesta religiosa de la Iglesia mayor.....

—Mucho me place escucharos—dijo D. Antonio Enríquez,—pues no hace mucho que nuestro amigo Robredo creía de buena fe que mediaban disidencias entre nosotros, y á propósito de no muy buenas inteligencias entre los Reyes y alguna de las primeras autoridades de Granada.

—Y yo me hacía también eco de esos rumores, lo confieso—añadió D. Alonso de X.—Se dice tanto sobre los asuntos de la corte, que no es extraño refiramos aquí en familia

lo que es casi del dominio público. ¿No se comentan y hasta se niegan con empeño los hechos de armas realizados durante la campaña? ¿Por qué no hemos de comentar también los sucesos que se relacionan con las ambiciones y manejos de los que ahora están cerca de los Reyes?

—Por el dulce nombre de mi señora la Reina Doña Isabel—dijo enfurecido Pulgar,—que me maravilla ver á un noble castellano criticar tan sin reparo los actos de sus Reyes. No parece sino que, pasada la guerra, queréis entretener vuestros ocios dando pábulo á los dichos del vulgo. Conste que la mejor armonía reina en las esferas sociales. Pero ya que habéis evocado el recuerdo, ¿quién y de qué modo se ha permitido dudar de las hazañas y proezas llevadas á cabo por nuestros amigos en la conquista?

—No os vanagloriéis tanto de la pasada campaña—replicó Brahem Robredo, aludido por el Sr. de X, y á quien Pulgar miraba siempre de reojo, dudando de su lealtad y buena fe,—que hay quien dentro y fuera de Granada cree que son forjadas por la fantasía las hazañas que se refieren de Gonzalo de Córdova, y del Conde de Cabra, de Ponce de León, y del mismo Garcilaso!

Á responder airado iba el gran Pulgar después de tan insidiosas palabras, cuando D. Antonio Enríquez, con el aplomo que le caracterizaba, dijo al moro:

—Nunca creyera que el converso más considerado por todos nosotros, y el que más favores ha obtenido después de la conquista, tratase de dudar de las hazañas de los que hoy son sus hermanos de religión. No penséis que los que aquellos hechos llevaron á cabo no están dispuestos á realizarlos nuevamente, como á enseñar su certeza con la punta de la espada á los que traten de enturbiar la limpia gloria del nombre cristiano.

—Hablé hipotéticamente—dijo Robredo;—pero ya que tomáis tan violentamente la cuestión, sabed que bien pudieran discutirse esas hazañas. No así las de los árabes, que estimulados por el ciego amor de la patria que perdían, todos sus hechos de armas fueron á descubierto, y no de la manera misteriosa y oculta como las que algunos de los cris-

tianos se efectuaron.—Y así diciendo, miró insistente á Hernando del Pulgar.

Bien comprendió D. Alonso de X el giro peligroso que iba tomado la cuestión; quiso calmar los ánimos con palabras dulces, para volver á la amistad á aquellos caballeros que antes se trataban con tan cordial afecto. Pero fué difícil su empresa, pues Francisco de Bedmar, comprendiendo el carácter de su cuñado, dijo al moro convertido con airado acento:

—¿Á qué hecho de armas os referíais cuando hablábais de hazañas cautelosas y misteriosamente realizadas?

Brahem Robredo, que estaba ebrio de coraje, que resucitaba sus antiguos odios de raza, más violento al oír estas palabras, replicó en son de amenaza:

—Sólo pude referirme á la traidora manera con que unos cuantos aventureros entraron en Granada, y resguardados con el misterio y escudados con las sombras de la noche, llegaron á las puertas de la Gran Mezquita, y la profanaron con signos ostensibles de sus creencias. No es, pues, digna de tanta fama la llamada hazaña del *Ave-María*, por haberse cometido de noche, sin resistencia, é inspirada por el entusiasmo religioso. Hoy profeso yo también estas doctrinas, y de buen grado; pero aquella acción ni fué heroica, ni caballeros, ni valientes los que la realizaron.

Decir esto, y verse de pronto acometido por todos los presentes, fué obra de un momento; pero Pulgar, que con la madurez de la edad iba adquiriendo el reflexivo aplomo que siempre le distinguió en los asuntos diplomáticos, separó á sus amigos, y cogiendo del brazo al moro convertido, le dijo, primero con fingida calma, y después con estentórea voz:

—Yo juzgo que la hazaña del *Ave-María*, no es sólo de valor por su riesgo, sino de industria por su estilo. De valor, por la osadía de acercarse á una ciudad cercada, populosa, alerta y puesta en armas; cosas todas que dificultaban el hecho y hacían evidente el peligro, como al salir de la ciudad lo manifestó el alboroto de la misma. De industria, porque lo fué, y muy ardidosa, fiarse para la entrada de la ciudad

del que había sido morador en ella, escoger la noche y su quietud para esta proeza, porque de día aun el acometerlo fuera estar sin seso. Y ahora os advierto que pronto, muy pronto, en pleno día y ante la luz del sol, me daréis en ese campo, teatro de las varias hazañas de que dudáis, cuenta estrecha de todas vuestras palabras. Prevenid para dentro de dos días vuestro caballo y vuestra lanza, que yo confío en la Virgen Santísima, que allí mismo, una vez vencido, proclamaréis en alta voz la grandeza de María y el preclaro honor de los caballeros cristianos. Pero recordad siempre, ya que ¡miserable! habéis llamado aventureros á mis amigos, que éstos todos son de hidalgo linaje, ennoblecido más y más con sus hazañosas proezas. Y en cuanto á mí, tened siempre presente que Pulgar no es el guerrero novel de la *toma de Granada*, ni su nombre lo presenta ahora la guerra como ofrenda á sus primeros laureles de campaña; que á los catorce años teñí mi espada en sangre agarena al lado de mi padre Rodrigo Pérez de Pulgar, y excitado por los ardorosos consejos de mi heroica madre D.<sup>a</sup> Constanza Alvarez Osorio y Cárdenas, que era nieta del famoso Marqués de Astorga; y que los señores Reyes Católicos me armaron caballero, calzándome la dorada espuela el renombrado Duque de Escalona. De mis hechos de armas en Alhama, el Zenete, Salobreña, Vélez y Granada, todos mis amigos presentes y muchos de los vuestros, entre los moros, podrán certificarlos. ¿Os atreveréis ahora á llamarme aventurero, y creer que entró en Granada por la traición, el que en Málaga entró solo, y solo salió, después de tratar de su rendición, con un pueblo embravecido y revolucionado? Sabed, pues, que mi lanza no tiene perdón más que para el que se rinde, y con lealtad pregona las excelencias del nombre cristiano, y el heroísmo de los pechos castellanos.

—Si esto no es bastante—añadió Bedmar—mi espada sabrá vengar esos indignos ultrajes.

—Y yo á mi vez os pediré estrecha cuenta de esas palabras—dijo D. Antonio Enríquez,—pero no será necesario, porque Pulgar demostrará dentro de dos días á los granadinos, que no en balde se insulta sin motivo á los caballeros cristianos.



Arrepentido estaba ya el moro de lo hecho, y más arrepentido aún el noble castellano de haber dado motivo á la cuestión con su intemperante pregunta á la entrada de Pulgar. Así es que hizo cuanto pudo por cortar el concertado desafío, queriendo evitar á todo trance la segura muerte de su amigo Robredo; pero nada logró, pues que Pulgar, más irritado que nunca, dijo estas significativas palabras: «He de matar á ese moro, aunque busque por sagrado el de mi señora esposa.»

Dejó, pues, señalado día y sitio al moro, y marchóse al Salar para volver á los dos días á verificar con Brahem Robredo el juicio de la lanza en desafío singular, y á presencia de los testigos de una y otra parte.

Cuando salieron de la casa Pulgar, Enríquez y Bedmar, con la tranquila calma de aquellos esforzados campeones, comenzó el antiguo alcaide castellano á maquinár con el converso el medio de vencer por la astucia al capitán más esforzado de la conquista.

No bien se quedó sólo D. Alonso de X con Brahem Robredo, cuando se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Muy mal habéis hecho—dijo el primero al segundo—en provocar de una manera tan violenta á Pulgar, y mucho más hiriendo la fibra más delicada de su honor y dudando de la hazaña que él tiene en más estima; como que sólo la cree realizada por el favor del cielo, que le hizo emprender y realizar tan atrevida empresa.

—Estoy cansado—replicó el moro—de oír ensalzar por doquiera el valor de Pulgar. Me duele sean para él todos los elogios de la corte, los halagos de las damas y los cantos de los trovadores. Sé que es valiente y esforzado; pero quién sabe si ahora se hallará dormido, orgulloso en sus laureles, y podré yo matarle, adquiriendo entonces con este vencimiento una gloria que causaría envidia á todos los guerreros de mi raza. Bien sé á lo que me expongo, pero antes quiero ser víctima del furor de su brazo, que verle siendo el personaje más principal de Granada, y el héroe de todas sus hazañas.

—Yo, á mi vez—añadió D. Alfonso de X,—sufro como na-

die viendo la posición y el alto renombre de Hernando del Pulgar, y la influencia decisiva que ha logrado tener en los negocios de España, y particularmente en los que á estos pueblos se refieren, en tanto que á mí, *continuo* como él de los Reyes, con muy poco se me recompensa, y no se tiene en nada mi noble ascendencia ni los preclaros servicios de mis antepasados. Pero no dejo de comprender que hoy Pulgar es la primer lanza cristiana, que sólo valiéndose de una estratagemata, no muy honrosa, es como podría vencersele. Conozco el medio que á la vez satisfaría nuestros odios, pero temo que en alguna ocasión pudiera publicarse mi consejo y quedara en mal lugar mi nombre y mi lealtad.

—Decidme, por Dios, ese medio—dijo Robredo.—Enseñadme pronto la manera de herir á ese jactancioso capitán, y nuestra mutua venganza quedará asegurada. Por lo demás, nadie más interesado que yo en que las sombras del misterio encubran esta acción que, si es reprobada en el campo del honor, es de un valor inmenso en el de la conveniencia de ambos.

Entonces aquel noble envilecido enseñó al moro convertido el medio cauteloso único para vencer á Pulgar. Conocía bien á éste, y sabiendo que por nada ni por nadie combatiría con ventaja con su enemigo, le aconsejó que el día designado llevara al desafío su caballo mandado por una brida de resistente alambre; precaución que de seguro no tomaría su contrario. Que una vez llegado al sitio del combate, y á poco de comenzar éste, tirase al suelo su lanza, demostrando predilección por la espada, con lo que era indudable que Pulgar le imitase, perdiendo así el principal elemento de su supremacía.

Una vez hecho esto, y engolfados en la lucha, debía incontinenti cortar con su espada las riendas (que indudablemente serían de cuero) del caballo de su enemigo, el que, desconcertado y sin freno, no podría ser dominado por el jinete, y á él entonces le sería bien fácil acometerle con su espada, y juzgándose los hechos referidos cual ardid de defensa, aparecer que vencía como esforzado al enemigo que tanto aborrecía.

Ingenioso y aprovechable pareció el medio á Brahem Robredo, y dando las gracias á su amigo por el consejo, marchó á buscar á otros dos moros convertidos, para que fuesen testigos del desafío por su parte, yendo después á su casa á prevenirlo todo en aquellos dos días, pasados los cuales, creía segura la muerte de Pulgar.

¿Qué hacía éste entretanto? Con la segura calma que presta el verdadero valor marchóse al Salar, no sin que antes exigiese de sus amigos Enríquez y Bedmar que, en unión de su teniente Juan de Salinas, le hiciesen el favor de que le acompañasen como padrinos en el lance concertado, rogándoles hiciesen también que algunos de sus camaradas presenciasen el duelo, pues á todo trance quería, vencido ó vencedor, que fuesen testigos de su vencimiento ó de su muerte, levantándose testimonio fehaciente del hecho, para que siempre se supiese, si la fortuna le era adversa, que aquélla era la última lanza que rompía por su Dios y por su nombre; y si, como esperaba, resultaba vencedor, hubiera varias lenguas que proclamaran las manifestaciones que había de arrancar á su contrario, antes de hundirle en su seno el piadoso puñal de la misericordia.

Tomadas estas medidas y arreglados sus más urgentes negocios, la noche antes del concertado desafío se acostó Pulgar sereno y confiado, poniendo, como siempre, su esperanza en la Virgen María, sin que idea alguna de temor ni de sobresalto turbase por un momento aquella noche su tranquilo sueño.

No bien las suaves tintas de la aurora comenzaron á la mañana siguiente á alborear con su nítida luz, cuando el fiel Pedro, escudero de Pulgar, lo tenía todo preparado para el combate, y el insigne guerrero cristiano, vestida su rica armadura, montó en su fogoso corcel, y tranquilo se dirigió hacia la alameda donde hoy está edificada la llamada Venta del Hacho, en el antiguo camino de Granada á Loja, y allí se reunió con sus padrinos, y resuelto y confiado aguardó á su enemigo.

Poco tiempo después una espesa nube de polvo les anunció que gente de á caballo se acercaba. Eran por un lado

Brahem Robredo con sus padrinos D. Alonso de X, D. Alfonso de Córdoba y D. Lope Lopo (1), moros de importancia los dos últimos, convertidos como su apadrinado; y por otro lado varios caballeros cristianos compañeros de armas de Pulgar, que venían presurosos acudiendo al honroso llamamiento del más querido de sus camaradas.

Inútil fué que los representantes del converso trataran de concluir la cuestión con equívocas manifestaciones de amistad entre unos y otros. La ofensa no podía borrarse, y por otra parte, aquel desafío parecía ser la última ofrenda al nombre cristiano, que por entonces iban á presentar los guerreros de la Cruz, y por ello todos estaban interesados en que se llevara á cabo, mucho más contando, como contaban, con el seguro vencimiento de Pulgar.

Éste, entretanto, conversaba alegremente con sus hermanos de armas, cubierto todo su cuerpo de pesada pero luciente armadura, embrazando la terrible lanza, terror de la morisma, y colgando del arzón de su caballo la maza que con tal presteza manejara siempre, y dejando lucir su larga y cortante espada, mientras que las rojas y verdes plumas de su casco eran azotadas por el viento. Parecía, por un lado, que iba en un torneo á recibir el premio de manos de una hermosa dama, y por otro, que en aquellos momentos comenzaba para él una peligrosa acometida en campo enemigo.

Su contrario vestía también á la usanza cristiana. Pero en la forma especial de sus armas, el arnés de su caballo y la manera con que se presentaba al combate, daba señales inequívocas de la sangre africana que corría por sus venas.

Cortos fueron los preparativos. Se señaló el palenque, se ajustaron las armas y se partió el sol. La señal de acometerse fué dada por los testigos de aquel tremendo lance de ho-

---

(1) Estos dos moros convertidos obtuvieron grandes donaciones de los Reyes Católicos, y entre ellas varias casas árabes en la colación de Santa María la Mayor, en el solar de cuyas casas se edificó más tarde, al mismo tiempo que se construía la Catedral, y bajo la dirección de Diego de Siloe, la casa monumental que hoy ocupa el número 63 de la calle de la Cárcel Baja, y cuya casa es hoy, por herencia de sus mayores, propiedad del autor de esta obra.

nor, y bien pronto los combatientes fueron el uno contra el otro, levantándose en la acometida una inmensa nube de polvo. De pronto Brahem Robredo arroja lejos de sí la lanza, y creyendo Pulgar que esto era debido á habersele inutilizado en el primer choque, arroja también confiado la suya, que no le permitía nunca su lealtad combatir llevando ventajas á su contrario. Entonces éste coge su espada y acércase á Pulgar con ánimo, al parecer, de acometerle; pero con siniestro fin da un soberbio tajo á las bridas del caballo del héroe castellano, el que mientras pretendía alcanzar á su contrario, perdía el mando y la dirección de su corcel, que se descomponía por momentos. Hubo un instante en que Robredo creyó seguro el vencimiento, y D. Alonso de X miraba realizada la envidiosa venganza que tanto le halagaba. Los padrinos de Pulgar sentían este percance, y comenzaban á dudar de la buena fe del moro convertido (aunque el hecho podía ser casual), cuando el denodado alcaide del Salar, viendo claro en el asunto, recordando los detalles de la provocación origen de aquel lance, hizo un esfuerzo supremo, sacado de sus supremos recursos, afianzándose á las crines de su caballo y, cual fiera castigada, se lanzó hacia su contrario, que prevenido aguardaba el golpe, y que ligeramente y sin consecuencias hirió en un muslo al capitán cristiano; pero éste, matando al corcel del moro, cogió bajo su pesado cuerpo al jinete, el que, sacado generosamente de tan difícil situación por Pulgar, comenzó de nuevo el combate con la espada, y cuerpo á cuerpo, no siendo difícil al guerrero cristiano tratar de rematar á su contrario que, casi exánime y malherido en un hombro y en el pecho, se encontraba tendido en tierra. Iba ya el valiente capitán á concluir su obra empleando el puñal de misericordia, cuando su rendido adversario le suplicó no le matase antes de oír su pública confesión.

Entonces el convertido moro, herido con un rayo de la luz divina, proclamó de veras las excelencias del dogma cristiano, declaró sin rebozo la grandeza de las hazañas de los soldados de la Cruz, y particularmente las de Pulgar; dijo no había dudado nunca de la importancia y significación

de la titulada *el Ave-María en Granada*; pero refirió que, excitado por los consejos y falsa amistad del envidioso don Alonso de X, había provocado el lance, seguro de vencer, valiéndose de los reprobados medios que había puesto en práctica por seducción del falso caballero que se los indicara.

El puñal cayó de las manos de Pulgar al oír tan paladina confesión. Ayudó á levantar á su contrario, hizo que sus escuderos le acompañaran hasta su casa, y de allí en adelante fué uno de sus mejores amigos.

En cuanto á D. Alonso de X, trabajo costó á Pulgar hacer que sus camaradas no le destrozasen bajo el peso de su justa indignación.

Á todos hizo comprender que semejantes seres sólo merecen el más refinado desprecio; y verdaderamente duro fué su castigo, pues mientras el guerrero castellano volvía tranquilo y sin temor alguno hacia el Salar, y los suyos tornaban gozosos y satisfechos á Granada, él, solo, malherido, oculto, y destrozada el alma, le llevaron corrido hacia su casa, donde pesaroso vivió bien poco tiempo, habiendo caído sobre él la indignación de todos en la ciudad; y reconocida esta reprobada acción por los Reyes, fué causa de que se le exonerase de sus títulos y dignidades, muriendo olvidado y por todos despreciado en una mezquina casa del Albaicín.

\*  
\* \*

Este *desafío de Pulgar* aumentó en Granada y sus contornos la fama del gran caudillo. Todos comentaron el suceso, y de una manera legendaria se ha venido refiriendo de generación en generación, y en la propia familia del héroe castellano, estando reseñado con todos sus detalles en el manuscrito que consultamos, obra de uno de sus descendientes, y siendo este hecho, conservado cuidadosamente por la tradición, uno de los que le hicieron añadir nuevos motivos al honroso título de *magnífico Señor*, y *el de las Hazañas*, con que le conoce la historia, le apellidan las crónicas y le señalan todos los escritores.

FRANCISCO VILLA-REAL.

(Continuará.)



## SU ÚNICO HIJO

POR

LEOPOLDO ALAS

Esta novela del eminente crítico no ha tenido la suerte de *La Regenta*. Su aparición no ha logrado agitar los ánimos ni poco ni mucho; es más, no parece haber conmovido á nadie, y tal vez por esta razón han callado muchos de los que debían hablar, con más ó menos acierto, en materias de literatura. Á mis manos no ha llegado juicio crítico alguno de verdadera sustancia, excepto uno que acabo de ver en la *Revista de España* del mes de Agosto, publicado con retraso; y causa verdadera extrañeza que la infatigable Pardo Bazán ni siquiera haya anunciado en su *Nuevo Teatro Crítico* el propósito de analizar debidamente el libro. ¿Á qué atribuir este silencio? Difícil es averiguarlo. Lo que sí es cierto y está fuera de toda duda es que la novela ésta merece mucha más atención, por ejemplo, que *Morriña é Insolación*, y otras de las cuales tanto se ha escrito y hablado en toda España. Mi principal objeto es dar á conocer el asunto de la novela á los lectores de la REVISTA, y dejo el análisis serio de la obra para los críticos de valía, contentándome yo con apuntar algunas ideas que me parecen justas, sin más pretensiones que las de un humilde aficionado.

En punto á observación interna y á la lógica de los perso-

najes, está *Su único hijo* por encima de *La Regenta*; esto no se puede negar. El análisis en la novela de ahora está casi todo hecho por medio de actos y determinaciones que van revelando el fondo legítimo de los actores; en la otra, la disertación psicológica lo domina y avasalla todo, y el personaje no viene á ser otra cosa que un comprobante de la modalidad teórica que para cada actor fué hilvanando el novelista. Ya dije yo en su tiempo, en un periódico de Barcelona (*El Barcelonés*), que lo que más abultaba en *La Regenta* era el propósito de darnos á saborear lo sucio y repugnante, para lo cual era preciso violentar el soberano modelo: la vida. Y para que los tipos y los caracteres fueran negros y sucios, no había más remedio que urdirlos teóricamente y hacerles hablar y moverse conforme al plan trazado para cada uno. La realidad se tomaba á trozos; así es que, más que seres llenos de vida, resultaron máquinas ingeniosamente dispuestas, que remedaban más ó menos bien los caracteres legítimos amasados y contruídos por la madre naturaleza. Una cosa tienen de común las dos novelas: la soberana frialdad, la falta completa de emociones, una vida que no dejá de ser la verdadera vida, pero que tiene la menor cantidad de vida posible; y para que no resulte esto paradójico y disparatado, se ha de decir lisa y llanamente que lo que tienen de común las dos novelas es la falta de arte. No hay que darle vueltas, *Clarín* tiene mucho talento, es capaz de observar con mucha finura y sutileza los hombres y las cosas, dispone además de las dotes de un buen escritor; pero, nada, el arte no parece sino muy de tarde en tarde y por accidente. Claro, no son sus novelas puros casos clínicos, relatados por la sabia escrupulosidad de una eminencia médica; algo más hay, sólo que este algo no es todavía el arte indispensable del verdadero novelista.

Otra observación: *Su único hijo* me recuerda demasiado *Madame Bovary*, de Flaubert, no precisamente en el asunto, más todavía en su pensamiento fundamental, en lo que pudiéramos llamar manera, en la estructura de los elementos; con la sola diferencia que Flaubert conmueve, pone por delante esa agitación que produce el arte de buena ley, mien-



tras que *Clarín* parece que diserta y explica á lo catedrático, fría y serenamente, y con claridad para que se entere todo el mundo. Esto ha de doler bastante, sobre todo cuando se han pasado muchas horas y algunas noches, tal vez, soñando las escenas y los personajes, acariciándolos, poniéndoles cariño y sintiendo la fruición dulcísima que deja en el alma la creación artística; y mucho más ha de doler cuando, como *Clarín*, se dispone de grandes cualidades de escritor, de tal manera que con *algo más* se puede ser novelista completo. Esta opinión particular mía pudiera resultar errónea, y gran satisfacción tendría yo en ello; pero por ahora la creo fundada y justa. En la novela, el calor y la vida, jugo misterioso del arte, no se hacen visibles en una escena ni en una página cualquiera. Si se comparan trozos sueltos de una de Galdós y de ésta de *Clarín*, por ejemplo, aparte el estilo y la orientación particular de las facultades de cada uno, no se nota gran diferencia en el menudeo y hasta en la profundidad de la observación; pero, á medida que el horizonte se dilata y se va abarcando más extensión, la magia del arte se revela en el primero, nos seduce y avasalla, al paso que huye y se evapora en el segundo; serena y fría es la primera página, serenas y frías son todas, aisladamente y en conjunto; es que por ellas no ha pasado el arte, sino el talento. Por esta razón creo que *Clarín* no podrá nunca producir nada semejante á *La Incógnita*, nada semejante á *Lo prohibido*, ni mucho menos á *Marianela* y al *Amigo Manso*. Me figuro que tiene algo del matemático que maneja admirablemente toda clase de fórmulas, y tiene una vista de lince para ver las más difíciles trasformaciones; pero que, en saliendo de esta mecánica sutil, cuando se trata de dar vida á los elementos de este lenguaje complicado, agrupándolos por una especie de adivinación artística y genial para que de ellos surja una nueva y hermosa ley á cuyo imperio se sujeten temblando las ondas etéreas, entonces la torpe mano se detiene, no estalla la visión interior, el arte no parece, y la obra queda ingeniosamente organizada, remedando una creación artística, pero sin llegar á serlo jamás.

El P. Coloma, con todos los defectos, y graves muchos,

de sus *Pequeñeces*, tiene la fortuna de poseer este exorcismo diabólico de la agitación artística que circula vibrando por las entrañas de su ruidosa novela. Allí no hay mucho enredo, ni gran alboroto, ni traiciones, ni escenas trágicas, ni nada; pues así y todo, conmueve profundamente en la serie casi desligada de sus episodios hilvanados para servir no sé á qué fines religiosos, que hasta este extremo llegan las imperfecciones de la obra. Dispone Pereda de la influencia de este diablo fascinador que no vende sus favores al menudeo ni por todo el oro de la tierra. Ó se mete para toda la vida en el alma de un mortal, ó no concede ni el más ligero saludo á persona alguna, y hace bien: ó todo ó nada. *Sotileza*, *El sabor de la tierruca*, *Pedro Sánchez*, por ellas anda el diablo del arte derramando sus atractivos y seducciones, conmoviendo y deslumbrando á todos para martirio y desesperación de los que quieren y no pueden. En unos le da por la gracia y el donaire; en otros se arrebatata y se exaspera; en éste deslumbra por la intensidad del color; en el de más allá se agiganta con las proporciones de lo épico, y en todos se siente su virtualidad avasalladora. La novela, sin este aliento poderoso del arte, podrá ser muy honda y muy filosófica y muy analítica, pero ¡ay! no podrá nunca ganar el envidiado diploma de novela legítima.

*Su único hijo* no impresiona, ni por el color, ni por la frescura y espontaneidad de los caracteres, ni por la originalidad del diálogo, ni por la grandeza del conjunto, ni por la sátira terrible, ni por nada semejante; lo que abulta desde luego es la profundidad del estudio, la importancia del documento, el continuo vigilar para que nada desentone, y con cierto tinte sombrío y seco, que parece ser lo verdaderamente personal de su autor. Sorprende que un literato como *Clarín*, que maravilla con la gracia de su estilo y de su pensamiento en los trabajos de crítica, se torne seco y duro en cuanto pone la mano en una novela. Hasta se nota cierto amaneramiento en el lenguaje, muy repartido ya entre los que escriben cosas medianas, y que parece haber nacido con el nuevo rumbo que se imprimió á nuestra novela. Por ejemplo: «...y cuál sería el daño, casi seguro, que á él, á *Reyes*,

le había de caer encima...» «...mientras él, *Körner*, llegaba á tragarse...» «¡Pues no se le antojaba á él, á *Bonis*, que aquella voz...» «...la envanecía más el pensar que á ella sola, á *Emma*, se consagraban...» «...de la que ella, *Marta*, se atribuía...» «...en que el provecho que á él, á *Mingo*, le quedaba...» etc., etc. Sin saber por qué, apenas doy con esta especie de fórmula, me veo encima el psicologismo novelístico en eternos soliloquios, en que á él, á *Bonis*, le pasan no sé cuántos pensamientos por segundo en la mollera. Aunque esto no es más que una impresión, la apunto. En un escritor tan correcto, fácil y rico en vocabulario, como *Clarín*, causa esta construcción de receta no pequeño asombro, y da á entender que tiene para la novela un patrón del cual no puede deshacerse, y que sólo como crítico se mueve libre y desembarazadamente, sin fórmulas ni amaneramientos que de ningún modo se compaginan con sus grandes cualidades de escritor. En literatura nada más temible y peligroso que la moda, bien se refiera al lenguaje, al pensamiento ó á los asuntos elegidos. Para conocer al escritor mediano, copista, remedador de modelos originales, basta examinar los grados de moda que marca el libro; por regla general siguen todos la corriente, y con tal abandono, que sus libros parecen todos hechos por una sola y misma mano. Algunas veces alcanza esta comezón hasta los escritores de primera fila, pero tan debilitada que no vale la pena mencionarla.

En *La Regenta* dos cuervos se disputaban un trozo de carne; en *Su único hijo* no hay disputas de semejante categoría; allá luchan dos machos por la posesión de una hembra, aquí cada cual se las arregla como puede y toma lo que encuentra en el camino sin mayores disgustos, ni preparativos de combate. El pensamiento fundamental es de otra naturaleza. Se trata de una joven loquinaria, con su poco de romanticismo en sus más tiernos años, que se enamora de un escribiente de su papá y se fuga con él por los medios más prosaicos, es decir, sin caballo blanco, ni cabello suelto, ni lira, ni noche tempestuosa, ni nada; pero es de suponer que ella, *Emma*, creería en la realidad de todas estas cosas en el momento de su amorosa escapatoria. Como el tal Bonifacio no

valía dos cominos, el papá le suelta la escandalosa y le pone de patitas en la calle, y él, *Bonis*, se planta en Méjico para probar fortuna. En estas circunstancias no era razonable que Emma fuera á buscar á su escribiente nada menos que al nuevo mundo; y aun así, sabe Dios si hubiera logrado pillarle. Por consiguiente, lo más acertado era casarse con el que más á mano estuviera. Y á mano estuvo un americano carcomido, tan carcomido que no le duró más que un año miserable. Ya la tenemos viuda. La parentela toda de los Valcárcel se dió á buscar al expatriado (sin saber por qué ni para qué); lo encontraron allá por Puebla de Méjico, y por una orejita me lo trajeron—supongo que á Asturias,—y me lo matrimoniaron con el amor de sus amores, la primera ilusión del muchacho.

Bonis no trajo de las *Indias* más que su natural insignificante y llorón y un entusiasmo patético por la flauta. Pronto se convenció la cara esposa que *aquello* no era lo que ella se había figurado en sus mocedades; un individuo sentimental y flautista, y tonto por añadidura, no podía realizar sus sueños de lo del caballo blanco, la lira y la tempestad, y fué y se enamoró del retrato de su abuelo que tenía colgado en un salón de la casa: época del idealismo. Notó, sin embargo, que su Bonifacio tenía buena lámina y que podía utilizarse. ¿Qué hizo? Entregárselo al mejor sastre de la localidad para que lo empaquetara bien, y luego se lo llevaba por esos mundos para lucirlo. Pero la señora enfermó y se puso muy desmejorada y voluntariosa; y el pobre flautista, suave siempre como una malva, se vió metido en unturas y fregoteos que no le dejaban respirar. Nadie más que él, *Bonis*, había de poner las manos en las delicadas carnes de su esposa, porque ella, *Emma*, no lo hubiese nunca consentido. Para el caso, más le valiera estarse allá en Puebla acechando la fortuna, que no rascar y untar continuamente la piel flácida de su consorte. Y quien pagaba todas estas equivocaciones era la infeliz flauta, á quien iba á contarle su dueño las inmensas cuitas de su lacerado corazón. Y con aquellos sonos dulces y melodiosos, Bonifacio rompía en un lagrimeo acongojado, válvula de seguridad de su gran sentimentalismo. Cierto que no era ningún personaje, pero había nacido para otra cosa,

no sabía qué; en su alma sentía vagamente ciertas ansias inexplicables de una ternura sin igual, que sólo podían despertarse en temperamentos superiores, como el suyo, por dentro.

Y para que todo aquel infinito interior tomara vida y forma sustancial y adecuada, apareció la Gorgheggi con el prodigio de su voz y de su estampa. El pobre hombre, al principio, no hacía más que mirar, sonreír y ponerse colorado, como los muchachos cuando empiezan á cambiar la voz. El empresario de la compañía y tenor al mismo tiempo, un tal Mochi, hombre corrido y pájaro de cuenta, notó las miraditas y no las echó en saco roto. Después de las unturas apesadas, Bonifacio se empaquetaba y salía, oliendo á agua de Colonia, derechamente al teatro con la ola de ternura en el corazón. Y de este modo, con la puntualidad, las sonrisas y los saludos reverentes, alcanzó, por lo pronto, la amistad del jefe de la cuadrilla, el cual, como entrada, le pidió muy garbosamente unos mil reales para atenciones del momento. Tremendo caso. El infeliz no tenía nada suyo. Mas para tales ocasiones está la Providencia, la cual se los proporcionó por mano del administrador de los bienes de su mujer. Al día siguiente del préstamo, la Gorgheggi estaba hecha un terrón de azúcar. Bonifacio derramó sus buenas lágrimas. Nada, que la cosa se formalizó, y el señor de Reyes fué de allí en adelante el dueño y el esclavo del alma y del cuerpo de la célebre artista, con la cual el empresario sabía sacarles el jugo á los enamorados flautistas como el presente. La pasión aquella fué cosa tremenda para el pobre hombre; acostumbrado á la insignificancia, á ser siempre el último en la familia, á no tener ni dinero ni opinión de su exclusiva pertenencia, aquel nuevo poderío le despertó todas sus energías latentes y casi moribundas, y al despertarse le dieron tal sacudida que los nervios eran pocos para resistir su extraordinario empuje; y vino una embriaguez de fuerza y valimiento personal, con todo aquel acompañamiento de ternura y aura artística, que de un golpe lo pusieron en lo más alto de su propia consideración.

La Gorgheggi era ya para el arte un ángel caído den-

tro del mundo de sus esperanzas y de sus ilusiones primeras: la gran artista, la cantante de primer orden no podía ser ella jamás, había que conformarse con el diploma de discreta medianía, ¡oh desesperación! Resignada al fin con su terrible suerte, ya que hasta allí había sido una mercancía miserable, la hembra explotable de Mochi, iba á amar ahora como sabía al flautista bonachón; ésta sería su más sabrosa venganza. Y lo amó por lo fino ciertamente, es decir, con una finura sensualista de primera calidad, delirante y espasmódica. ¿Pornografía? Tal vez haya un poco de esto, aunque sería una tontada decir que no ha sido éste el pensamiento del autor; se cae de su peso. Pero ¡qué se ha de hacer! resulta. Bastaría para probarlo copiar algunos párrafos; no lo haremos. Que cuando es preciso se ponga al descubierto la bestia, está muy bien, y esto es lo que ha hecho Zola con terrible crudeza, es cierto, nunca obscenamente; pero que haya análisis, corto ó largo, respecto á los géneros de goces bestiales, con detalles é insistencias de sabor apetitoso, es ya entreabrir la puerta de la pornografía; y esto no puede entrar en la novela, ni realista, ni naturalista, ni nada. La escena sucia de *L'Argent*, muy sucia, no se analiza, ni se dice de ella una palabra. Zola la señala, dice: ahí está; basta verla; no hay necesidad de comentarla, ni poco ni mucho. Así es que los personajes hablan de otra cosa, disputan, interesan por otro aspecto de su situación, y sin que uno casi se aperciba van retirándose de la escena primitiva, de tal modo que la imagen se va borrando y desaparece sin dejar huella carnal de ninguna clase. Esto no se puede negar. Es preciso una gran habilidad y un tino poco comunes para que estas escenas digan solamente lo que el arte necesita de ellas, y no todo lo que pueden decir aisladas del conjunto. *Clarín* les pide algo más de lo que en razón se les puede pedir, y se recrea en descripciones y detalles de lo más íntimo de la epilepsis sensual, y no sólo de lo más íntimo, sino de lo más refinado en materias del goce bruto, como si semejante análisis pudiera caber en los justos límites de la novela naturalista. Yo he defendido siempre, con las poquísimas fuerzas de que dispongo y dentro de la completa oscuridad de mi nombre y

apellido, el poderoso genio de Zola en el fundamento y en el desarrollo de la novela; pero he contado ciertamente en esta defensa con sus superiores cualidades y con el hecho de que jamás he visto en sus libros degenerar lo sucio en obsceno. Nuestra vida no permite mutilaciones, ya esto no se pone en tela de juicio, mas no se ha de entender con lo dicho que suprimir la pornografía sea una mutilación. Repito que en *Su único hijo* estos análisis son cortos y no pasan tal vez de un par de páginas á todo tirar; pero en esos pocos párrafos *Clarín* hinca el diente, porque sabe que no pueden presentarse muchas ocasiones semejantes sin incurrir en grave falta. No censuro, después de todo, la escena en sí misma, sino el modo de tratarla.

Con aquel amorío completamente nuevo para él, Bonifacio no se enteraba de la vida, sino de lo que podía venirle por aquel lado, es decir, por el camino de su pasión avasalladora, por el hogar siempre encendido de aquella Gorgheggi endemoniada. Su mujer... ¿acaso tenía él tiempo suficiente para pensar en ella? Si estaba ó no mejor de sus dolencias, lo ignoraba en redondo. Parecíale que en su casa no era más que un huésped, y que su verdadera familia estaba en el cuarto de la cantante, y casi casi tenía razón. La consorte fué echando carnes entre sábanas, quiere decirse que iba atrapando la salud y recobrando los bríos de un cuerpo regenerado sin que su marido lo advirtiera. Esto coincidía con grandes apuros del caballero, porque Mochi seguía dándole sablazos de mayor cuantía, creyéndole un verdadero capitalista. Gracias que la Providencia le daba la mano muy oportunamente. Por ejemplo, el mismo día que recibió un mandoble de éstos, con la desesperación natural del que no tiene un céntimo, un cura le entregó siete mil reales que había recibido en el secreto de la confesión de manos de un pecador arrepentido. Aquel dinero pertenecía á su mujer, y, por lo tanto, era un verdadero robo quedarse con él; mas le confortaba la hermosa idea de que un ladrón *por amor* debía de ser cosa grande, exenta de deshonra, y que en vez de rebajarse se enaltecía. Dentro de este hombre no había el menor asomo de originalidad en cosa alguna; pertenecía en cuerpo y

alma al eterno montón de los incoloros, al protoplasma social, en donde no apunta ninguna energía especializada más que las propias de su esencia misma. Su raquílica ternura no le levanta una línea de su puesto; le entusiasma la vida aventurera de los artistas, quisiera seguirles al fin del mundo; pero le detienen sus babuchas y el centro de gravedad de su apocamiento; pesa mucho para levantar el vuelo y dejar sus hábitos y su comodidad relativa, ó mejor, no tiene alas de ninguna clase; su insignificancia le ha convertido en peñasco; la voluntad de Emma era la suya, porque la seguía mirando como la señorita, la hija del abogado de quien era en otro tiempo el despreciable escribiente.

Con estas apetencias é ineptitudes morales el enamorado flautista soportaba la vida con un temor muy grande: el de que la Gorgheggi le abandonara; y era preciso conformarse con esta idea, porque, tronada y deshecha la compañía, habían de levantar el vuelo los pocos que allí quedaron para pescar el garbanzo por otros mundos. Cuando pensaba en esta separación dolorosa, al pobre hombre le entraban escalofríos mayúsculos. ¡Solo, completamente solo! Y así fué; Mochi y su mina de carne, en forma de tiple, se largaron á Coruña, creo; allí pasaron la pena negra, hasta el punto que la Gorgheggi escribió á su amante diciéndole que ella no podía vivir más de aquel modo, que estaba decidida á establecerse junto á él, que ya no tenía más ilusión ni más sueño dorado que ser una señora modesta y vivir tranquilamente en un pueblo al calor de un cariño sincero y puro, como el que los dos se profesaban. Bueno. Ya estamos otra vez en danza. Llegó al fin la desencantada señora, y todo fueron fiestas y regocijos. ¡Qué dulce es reanudar amores algo extinguidos por la ausencia!

Emma había ya saltado de la cama, ligera, rejuvenecida, con muchos bríos y hambre de mundo, de ruido, fiestas y emociones. Estaba ya en antecedentes, más ó menos exactos, sobre el lío del *joven*, como llamaba al pobre Bonifacio cuando había mar de fondo. Pues ¡lo que son las cosas! ni gritó, ni juró venganza, ni le arrancó el moño á la tiplona esa, ni armó peloteras ni nada. Lo que hizo fué engalanarse



lo mejor que pudo, presentarse en reuniones, conciertos, etc., etc. Y precisamente en un concierto que inventaron los cantantes para salir de apuros, alegre y disparada, se codeó con toda aquella gente, principiando por la Gorgheggi, con la cual tuvo mucha parola. Pero el que la enredó con su gallarda presencia y sus historias interesantes fué el barítono, que la sacó á bailar y la entretuvo toda la noche con sus piropos. Ahora le tocaba á ella, y el mundo que diga lo que se le antoje. La lúbrica hija del ingeniero le había echado fuera los pocos escrúpulos que le quedaban en asuntos de moralidad; y ya tenemos al segundo tomo del tierno flautista, llena la cabeza de pájaros, disparatando con las sandeces de su romanticismo resucitado, ardiente, aleccionada, y dispuesta á ponerse de allí para en adelante el mundo por montera. En pocos días el pueblo todo, ó la localidad, se sabía de memoria los pasos en que andaban metidos la Valcárcel y el barítono. Aquello era un escándalo.

Justamente en esta misma época Bonifacio se había sacudido la mosca de la Gorgheggi, por el motivo que se dirá, y la pobrísima cantante, sin tener con qué pagar su alojamiento, le escribió una carta capaz de enternecer á un muerto, para que le prestara unos cuantos duros; el casero, fondista, ó lo que fuere, la iba á poner en la puerta de la calle si no alijaba el *conquibus* correspondiente. El infame Bonis ni le contestó siquiera, aquel estúpido á quien ella había puesto una migaja de cariño conociendo su tontería y su necesidad. ¡Terrible mundo y terrible vida! ¡Y ella que pensaba dejar para siempre lo del canto y vivir en paz y gracia de Dios en una casita modesta, asistiendo á las funciones de iglesia, como las demás, cumpliendo con las visitas, y luego, *en familia*, pasando dulces veladas sin inquietudes ni sobresaltos! ¡Oh, el infame!....

Pero ¿qué le pasa á Emma? ¿Qué lamentos son esos, por qué le mandan á Boni á buscar al doctor, por qué corre todo el mundo á la alcoba? ¿Se va á morir su mujer? El médico llega, la pulsa, pregunta, se entera de los grandes vómitos, y..... ¡alabado sea Dios!.... sonrío y guiña el ojo. ¡Albricias, albricias, milagro! Emma no es ya una, sino dos. De este

día data el olvido de Bonis hacia su amante. Se produjo en él un cambio brusco y completo. La ternura se le desbordó al pensar que *ya* era padre. ¡Un hijo! ¡Señor, Dios! ¡Un hijo! El mundo dió un vuelco, y todo lo vió desde entonces transformado, embellecido, risueño, luminoso. Y se acordó de su niñez y de sus papás cuando le mecían en la cuna tan cariñosamente, y lloró mucho, mucho, y la flauta despidió sonos de melancólica alegría, y si le dejan manda repicar las campanas para anunciar á todos la buena nueva. Allí fueron las atenciones, los mimos, los cuidados para su mujercita, que le guardaba un hijo que era *todo suyo*, como decía en sus divagaciones paternales. Que le fueran á hablar entonces de aventuras de cómicos y de gorgoritos de tiples: váyanse no-ramala todos esos perdidos y gente de mal vivir. *Ya* era padre, óiganlo todos, padre, y cargue el diablo con la Gorgheggi y toda su casta. Lo chiflado que estuvo él tanto tiempo, ¡parece mentira! Valga que al fin abría los ojos. Su hijo le ha salvado.

Terrible cosa: mientras el tierno padre se regocijaba con su excelsa paternidad, la maledicencia despiadada le mordía el corazón y la honra propalando entre risas y secretes que allí no había más padre de lo que le producía los vómitos á Emma que el desvergonzado barítono. Durante el período marcado por las sabias leyes de la naturaleza se hartó la localidad de tales murmuraciones, y cuando la criatura asomó al mundo las narices hubo un recrudecimiento inaguantable. Esta marejada y este turbión de insolencias y crueles burlas morían mansas é inofensivas á los pies del regocijado padre. Diríase que el dios de los maridos había trazado alrededor de Bonifacio un círculo misterioso de tan poderosa virtualidad que en él se detenía hasta la más inocente y suave murmuración. Un conjuro cabalístico le aislaba de la tremenda tempestad que le iba acorralando para aplastarlo sin compasión alguna. Su ternura inmaculada le fortalecía y le llenaba el alma de goces y armonías casi celestiales. En aquella dicha no sólo estaba la confianza, sino la seguridad más absoluta de que Antoñito era *todo* hijo suyo, y exclusivamente suyo, es decir, sin arte ni parte ni siquiera de su consorte.

Parecía disparate, pero así era.

Y véase cómo hasta los círculos trazados por los mismos dioses son vulnerables por algún lado. Cuando Bonifacio, tras el cura, se metió en la sacristía para formalizar la inscripción del vástago, «vió una mujer sentada sobre la tarima, con la cabeza apoyada en el altar de relieve churrigueresco.

—¡Serafina!

—¡Bonifacio!

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué he de hacer? Rezar. Y tú ¿á qué vienes?

—Vengo á inscribir á mi hijo, que acaba de bautizarse, en el libro bautismal.

Serafina se puso en pie. Sonrió de un modo que asustó á Bonis, porque nunca había visto en su amiga el gesto de crueldad, de malicia fría, que acompañó á tal sonrisa.

—Conque..... ¿tu hijo?..... ¡Bah!

—¿Qué tienes, Serafina? ¿Cómo estás aquí?

—Estoy aquí..... por no estar en casa; por huir del amo de la posada. Estoy aquí..... porque me voy haciendo beata. No es broma. Ó rezar, ó..... una caja de fósforos. ¿Sabes? Mochi no vuelve. ¿Sabes? ¡He perdido la voz! Sí; perdida por completo. El día que te escribí..... y no me contestaste, ya sabes, cuando te pedía aquellos reales para pagar la fonda..... Bueno; pues aquel día..... aquella noche..... como había ofrecido pagar y no me contestaste..... tuve una batalla de improperios con D. Carlos..... ¡el infame!

.....

—El infame tuvo el valor de insultarme como á una mujer perdida..... me amenazó con la justicia, con plantarme en el arroyo..... Yo eché á correr; salí á la calle, como estaba, sin sombrero..... Pero volví. Porque lo dejaba allí todo..... Mi equipaje, lo único que tengo en el mundo. No sé qué cogí aquella noche, al relente, furiosa, por la calle húmeda..... ¡Oh! En fin, la voz, que ya andaba muy mal, se fué de repente..... Desde aquella noche canto..... como tu mujer. No salgo de la fonda..... porque no puedo pagar. D. Carlos me insulta unas veces..... y otras me requie-

bra. Yo no quiero amantes ni altos ni bajos..... porque no quiero..... porque todo eso me da asco. Mochi no vuelve..... Á mis últimas cartas ya no ha contestado. Como tú. Sois unos caballeros. Se os pide cuatro cuartos para no recibir insultos de un miserable..... y no contestáis. No sé dónde ir; en casa me espía mi acreedor, que quiere ser mi amante; en la calle me persiguen necios, me aburre la curiosidad estúpida de la gente..... No tengo dinero ni para escapar. ¿Para escapar adónde? Me meto en la iglesia. Esto es mío, como de todos. Tú me enseñaste á sentir así, á querer paz..... á soñar..... á desear imposibles..... Aquí estoy tranquila..... y rezo á mi modo. No tengo fe, lo que se llama fe, pero quisiera tenerla..... Mochi es un mal hombre, un traidor, un miserable..... Ya lo sabía, siempre lo supe. Pero tú..... no creí que lo fueras también. Bonis, no me abandones..... Yo..... te quiero todavía..... más que antes, mucho más de veras. Debo de estar enferma..... Me asusta el mundo..... el teatro me horroriza..... el galanteo me espanta..... Quiero paz..... quiero sueño..... quiero honra-  
dez..... no vivir de farsa..... y tener pan que no deba á mi cuerpo alquilado á un desconocido..... á no sé ahora quién. Tuya, sí. De los demás, no. ¿Quieres?

.....  
—Serafina..... yo á tí te debo toda la verdad..... Yo, en adelante, quiero vivir para mi hijo..... Nuestros amores eran ilícitos..... Debo á Dios un gran bien, una gracia..... el tener un hijo..... Ofrecí el sacrificio de mis pasiones á la felicidad de Antonio..... Además, estoy arruinado..... En el terreno de los intereses materiales..... haré por tí..... lo que pueda..... ¡ya se ve!..... Con ese D. Carlos, que es un judío..... ya me entenderé yo..... Pero estoy arruinado..... La voz..... tu voz..... volverá.....

.....  
La Gorgheggi dijo:

—Bonis, siempre fuiste un imbécil. Tu hijo..... no es tu hijo.

—¡Serafina!

.....

—Pero, hombre, todo el mundo lo sabe..... ¿No sabes tú de quién es tu hijo?

—¡Mi hijo! ¿De quién es mi hijo?

La Gorgheggi extendió un brazo y señaló á lo alto, hacia el coro:

—Del organista (el barítono).»

Este diálogo vale toda la novela; lo único que hay en ella de arte legítimo está aquí. La vida empuja la masa de documentos, los guarismos, los cálculos, los arreglos estudiados, todo, y anima por una sola vez, con su fecundidad y su calor de cuerpo presente, los cuerpos semifilosofados y compuestos artificialmente con datos reales y verdaderos. Ahora ha sentido *Clarín* á sus personajes. Da en el blanco. Con increíble placer he transcrito este diálogo, vivo, lleno de naturalidad, amarguísimo, de terrible efecto emocional, que desespera y hace al mundo aborrecible, con justicia, y, por encima de todo, con ese arte de buena ley á quien todos aplaudimos espontáneamente. Y adviértase que no es la situación la que alabamos, sino su desarrollo externo, lo que es obra genial del artista, y en donde pone el arte su más grande poderío y su magia más seductora. Una situación puede ser dramática en el fondo y ser de lo peor que se ha escrito en materia de situaciones dramáticas. Nadie desea ya ni cuchilladas, ni desafíos, ni tragedias inventadas para interesar á los lectores; lo que es justísimo pedir es arte en todo, en la vulgar corriente de la vida, en los latigazos de las pasiones, en el hervidero de los instintos, en los actos, en los pensamientos, en las costumbres, nobles ó ridículas, en los hábitos, en los *tics*, en todo cuanto forma y penetra la vida siempre fecunda é interesante para los ojos del verdadero novelista. Arte, y mucho, hay en los *Babeles*, por ejemplo; en el misticismo de Ángel Guerra; en *Augusta*, en *Fortunata*; en todos los personajes, chicos y grandes, ricos y pobres, insignificantes ó no, que han salido de la pluma de Pérez Galdós; arte hay en *Zola*, en *Daudet*, en *Tolstoi*. En *Madama Bobary* hay un latir hondo que emociona dentro de la insignificancia de las escenas y personajes. Aquella mujer, con su vida de provincia ó de pueblo, es un turbión que agita y

conmueve, porque Flaubert la ha hecho vibrar con el sacudimiento de la vida, ó mejor con el arte que siente, adivina y expresa todos los aspectos y todo el desarrollo de un carácter original ó incoloro, ridículo ó superior. Este arte es el secreto, el conjuro misterioso, que parece estar al alcance de todas las fortunas, y no lo está, y da grandes chascos, y desespera al que se estudia y conoce la pequeñez de sus fuerzas. ¡Qué solemne tontería es pensar que con una cartera llena de notas muy reales se puede hacer una novela! *Clarín* tiene mucho talento, y con él sobresale hasta en este género de literatura, sin ser novelista de nacimiento, como creo yo que no lo es; y perdone, y ¡ojalá no fuera cierto!

Como se ve, por el relato ligerísimo que acabo de hacer, el desarrollo de la novela no puede ser más frío, más pensado, y menos jugoso como obra de arte. Ó yo estoy alucinado, ó tengo alguna prevención contra el crítico ilustre, ó hay de veras en el libro así como un método y una proporcionalidad casi fija para todos los acontecimientos. En una Revista literaria que publicó «Los lunes del Imparcial» hace unos días, dice *Clarín* del autor de *Pequeñeces* que «llegará tal vez á aprovechar artísticamente el *documento* humano, aunque por ahora ni sabe escribir bien ni sabe componer.» Conformes en todo, menos en que no ha aprovechado artísticamente el documento humano. Para mí el P. Coloma, si algo tiene, es esta cualidad que no puedo conceder, porque no la veo, al autor de *Su único hijo*. En *Pequeñeces* hay poca habilidad y poco acierto en la composición, descuido en la forma, mucha inexperiencia, en una palabra; pero arte no será lo que haya de pedir prestado á nadie ni á nada. Toda la novela lo respira; no hay preparación ni artificio en su desenvolvimiento; en algunos capítulos y escenas se desborda á oleadas, luego se le siente manso deslizarse; algunas veces, pocas, no resulta, y más lejos vuelve á saltar con bríos, orientando el documento y rodeándole de calor y vida, de eso precisamente que á *Clarín* le falta, aunque á mí, tan pequeño, me esté mal el decirlo. El P. Coloma no es, ni con mucho, novelista tan de primera como quiere hacerlo Pardo Bazán; en esto todo el mundo está conforme, pero que ha

sabido aprovechar artísticamente el documento humano, esto sí que lo ha sabido hacer el brioso jesuita. Muchos como él. Y cuidado que mi insignificante juicio, publicado ya hace algún tiempo en *La Ilustración Hispano-americana* de Barcelona, no ha de ser muy del gusto del célebre Padre. Hay en él muchas más cosas amargas que dulces, y he notado, como *Clarín*, los muchos y grandes defectos de su ruidosa novela. Quiero decir que no tengo por qué arrimarme al autor de *Pequeñeces*; y si le concedo el don de artista, no será por afinidad de creencias y opiniones, que ya no pueden ser más contrarias las suyas y las mías, sino porque creo que lo tiene, todavía sin cauce conveniente, mas, al fin, don de artista de legítima primera calidad.

La importancia que ha adquirido la novela en estos últimos años ha seducido á todos los escritores. Se ha creído que bastaba talento y una observación más ó menos profunda de la realidad, y se ha seguido al pie de la letra el dicho de Zola, que todo el mundo puede ser novelista. Por esta razón, hasta los que nunca se sintieron llevados á este género literario, sacaron su cartera y de todo fueron tomando nota exacta y detallada, creyendo que ya no les faltaba casi nada para levantar el edificio. Así aumenta cada día el número de los noveladores, y si sigue la marea, no va á haber español que no tenga un plan y los documentos necesarios para dar á luz el libro de moda. Sólo que esta especie de partenogénesis literaria, sin cópula del temperamento artístico, da por resultado en la mayoría de los casos esas novelas de inventario dignas de un buen tenedor de libros, y luego dos ó tres del género de *Su único hijo*, muy bien escritas, muy bien compuestas, muy llenas de observación y de realidad, de mucho alcance en el fondo, de mano maestra, si así se quiere, mas desposeídas del aliento vital del arte, que no acertará nunca á infundir el solo talento, por grande que sea.

Ninguno de los personajes de la novela atrae ni seduce. Emma y Bonifacio se conducen muy acertadamente, conforme á lo que todo el mundo hace, según las circunstancias y los caracteres, como cada hijo de vecino; caen y se levantan

tan, es decir, allí quien se levanta un poco y de veras (artísticamente, se entiende) es la Gorgheggi; están movidos por alguien que conoce la vida concienzudamente y sabe traer á cuento un cura con 7.000 reales y un administrador con la renta en el momento preciso de ser necesaria alguna trampa de éstas. La tiple es la única persona que se anima ante nuestros ojos, y eso al final. Los médicos aquellos, el alópata y el homeópata, son insoportables á fuerza de quererlos ridiculizar. Charlan sin gracia maldita, quiero decir, sin esa originalidad graciosa é inimitable de que los anima Pérez Galdós en todas sus obras. La falta de arte está aquí al descubierto. Cualquiera creará que inventar una locura como la de la Babel mayor, ó unas arengas navales como las de don Pito es pan comido para el que maneje medianamente la pluma. Con probarlo se desvanece la ilusión y nos convencemos de nuestra debilidad é impotencia.

Resultado final: la novela última del notable crítico viene á ser como el apuntamiento de los datos necesarios para escribir una novela; es un cuerpo muy bien proporcionado, pero sin alma. En manos de un novelista de veras valdría mucho *Su único hijo*. Á *Clarín* le falta la intuición artística de los conjuntos; no puede crear un ambiente de belleza que dé vida á los episodios y á los personajes; observa mucho, pero no anima nada. Sentirá muy bien la novela de ley, sólo que hasta aquí no ha podido producirla. Una cosa puede consolarle, y es que lo que diga un mísero, como yo, poco ha de importarle á un literato de tan altos méritos como *Clarín*.

BALTASAR CHAMPSAUR.







## EL ANFITEATRO (1)

---

En Verona las mañanas de Setiembre son frescas, tanto que la temperatura en las primeras horas es más fría que templada. El cielo purísimo de esta Italia, tan favorecida por Dios, lucía límpido y sereno, sin nubes amenazadoras y libre ya de los transparentes celajes que deja el alba. El sol tibio de otoño bañaba con sus rayos calles y plazas, cuando salimos, para aprovechar el tiempo, harto tasado, de que podíamos disponer. Deseando llevar en nuestras notas un orden racional, creímos y seguimos creyendo que ninguno lo es tanto como el cronológico. Por esto volvimos á la plaza de Bra, decididos á visitar primero los monumentos de la época romana; nos hallamos de nuevo ante la Arena, que examinaremos antes, para ver luego el Teatro, grandiosa ruina de aquellos tiempos también. No hablamos de murallas, arcos y resto de templos, ni de un considerable número de mosaicos, descubiertos, pues sobre llevarnos demasiano lejos, tratar estas cuestiones es más propio de una obra científica que de un cuaderno de viajes.

Las investigaciones llevadas á cabo para determinar en qué tiempo fué construído el Anfiteatro veronés y quién fué el arquitecto director de tan colosal trabajo, no han dado re-

---

(1) Del libro titulado *Viaje por Italia*, por D. A. Fernández Merino.

sultados positivos; la inscripción que solía ponerse en todos los edificios notables, para perpetuar memoria de hechos tan interesantes, se ha perdido; observando cómo ninguna biografía de los Césares menciona que uno de ellos elevara el soberbio Anfiteatro, se comprende que debió ser obra del municipio veronés. Los autores no hubieran omitido glorificar al emperador que lo hubiera ordenado, como lo hacían enumerando los templos, acueductos, termas y arcos que se alzaban en el reinado de cada uno de ellos. Sólo puede afirmarse que en tiempos de Augusto no existía todavía, que en los de Galieno comenzó á sufrir tristes depredaciones, de que fueron víctimas muchos notabilísimos edificios romanos, que si no hubieran sido atacados bárbaramente por los hombres, habrían resistido muy bien las injurias del tiempo. La prueba es bien clara, está manifiesta: el Coloseo de Roma, el Anfiteatro de Verona, faltos de la solidez que una obra tiene, gracias á la perfecta trabazón de todas sus partes, desmembrados acá y allá, conservan aún muchos de sus muros vetustísimos, dejan ver todavía el orden y distribución de sus interiores, permiten estudiar lo que fueron, y la arqueología, ayudándose con los estudios que constantemente se realizan, puede reconstruirlos; si la fortaleza de fábricas tan dignas de respeto no se hubiera atacado con esfuerzos tal vez mayores que los empleados para levantarlos, es seguro que habrían llegado incólumes hasta nuestros días. Puede asegurarse así; desgraciadamente el Anfiteatro de la ciudad que fué metrópoli del mundo, lo mismo que el de la riente colonia bañada por el trasparente Adige, que Virgilio llamó ameno y Enodio esplendidísimo, pasaron por duras pruebas y habrían desaparecido completamente si no sobreviene el Renacimiento, época en que se despertó grandísimo amor por la literatura clásica y por las antigüedades que ilustraba.

En Verona, como en Roma, las fiestas del Anfiteatro fueron célebres: construídos dichos edificios principalmente para campo de luchas crueles entre hombres y sangrientas cazas de fieras, no se encuentran sino en Roma ó en las ciudades sometidas á su yugo. El íntimo sentimiento estético de que los griegos dieron tantos testimonios, no podía permitir se

arraigaran en la patria del arte luchas sangrientas que fueron diversiones en que gozaron grandemente los romanos; amantes de la belleza, entusiastas de la forma, los juegos de la antigua Grecia tuvieron por principal objeto lucir habilidad y gracia, poner de manifiesto ágil destreza en ejercicios corporales que celebró y aplaudió un pueblo cuyos instintos no podían ser feroces; aquellos juegos fueron cantados por los poetas, sin que la poesía dejara de cumplir sus delicados fines; odas magníficas que cantan el triunfo, son galardón imperecedero de muchos vencedores, que por ello han pasado á la posteridad. La pérdida de la corona que como pena sufría el atleta que daba muerte á su contrario, prueba cuál era el verdadero carácter de aquellas hermosas lides, recordando que para el griego importaba más que la vida la rama de laurel que otorgaban los jueces del combate. Los juegos romanos no fueron degeneración de aquéllos, como pudiera creerse; en Grecia las luchas de gladiadores fueron introducidas por el último rey de Macedonia, y según afirma Tito Livio, causaron horror al pueblo. Estas luchas sangrientas, estos feroces juegos del circo, se acostumbraban en pueblos itálicos, florecientes antes que Roma fuera grande, antes que Grecia llegara á su perfecto florecimiento; de ellos los tomaron los que fueron señores del mundo, primero para pompa fúnebre, después para divertir al pueblo. De Roma pasaron á las demás partes del Imperio, y á medida que cundió la corrupción cundieron ellos. Los capuanos y los sannitas, según atestiguan historiadores dignos de entero crédito, eran amantísimos de tan crueles espectáculos, y muchas denominaciones y términos de aquellos combates prueban que el origen de los mismos hay que buscarlo en aquellos pueblos á que los romanos llevaron la ruina, para hacer su grandeza.

Lo mismo los que fueron señores del mundo que los naturales de una de las ciudades más importantes del Imperio, se regalaron con luchas de gladiadores, cazas de fieras, pantomimas mitológicas y todos los demás excesos que fueron objeto de fiestas públicas en aquella decadencia corrompida, que estuvo en perfecta relación con la pasada grandeza. Más tarde, cuando las guerras fueron menos frecuentes y sobre

todo las victorias más escasas, cuando los prisioneros no eran bastantes para pasto de las fieras, que con destrozarlos divertían al pueblo rey, los criminales y los infelices cristianos fueron conducidos á los circos, sirviendo de víctimas en los diversos juegos en que se divertía el populacho; enumerar los discípulos de Cristo que así murieron en Roma, sería larguísima tarea; ocurriría lo mismo si quisiéramos hacer otro tanto con los de Verona, por lo que sólo señalaremos entre los más notables los santos patronos de la ciudad Rústico y Fermo y San Prócolo, cuarto de los obispos que ocuparon aquella sede. Pensando en todo esto, vino á nuestra mente el recuerdo de la justa saña con que los doctores eclesiásticos anatematizaron los espectáculos desenfrenados del circo, en que se embriagaban aquellos romanos corrompidos; recordamos los enérgicos tonos con que los condenaron Tertuliano y Minucio Félix, las duras censuras de Lactancio y San Ambrosio, los trenos indignados de Salviano, aquel Jeremías de Marsella, cuyo fatalismo pudo creerse en su tiempo exagerado, viéndose más tarde que eran fundadísimas profecías. Divagando recordamos las acres sátiras que los autores profanos hicieron de los espectáculos, incitados por sus perniciosos efectos; sin querer nuestros labios murmuraban los acerados versos de Juvenal, para quien juegos y cazas, gladiadores é histriones eran piedra de toque, en que descubrían lo falso damas y mujeres que fueron causa ocasional de asquerosa ruina, contraposición palpable de la opulencia y grandeza que en otros tiempos procuraron la severidad y buenas costumbres.

Mas ¡para qué remontarnos tanto! Piedras del Anfiteatro veronés han sido reconocidas por los arqueólogos en las murallas que mandó alzar Galieno para asegurar la ciudad contra los bárbaros. Casi todas éstas fueron del círculo externo, muchas dejan ver los números indicadores de los arcos de entrada, y gracias al orden establecido en la bárbara demolición, interrumpida á tiempo, el edificio conservó su forma y no lo privaron de condiciones que lo hacían útil para la defensa; gracias á esto la Arena, como muchas construcciones romanas de índole bien diversa, fué dedicada á fortalezas en

los siglos bárbaros; Raterio, obispo veronés del siglo X, menciona la defensa que dentro de aquel Anfiteatro hizo un conde perseguido por facción contraria; sirvió también para lucidas fiestas, con que se celebraban hechos felices, y en 942 se verificó allí brillante torneo para festejar la boda de Panfilia, hija de Galeoto de Sacchi, con Galeoto Nogarola. Después, cuando el duelo fué medio para dirimir cuestiones en que nada tenían que ver la fuerza ni la habilidad en el manejo de las armas, el Anfiteatro fué campo cerrado en que se celebraron; allí tuvo lugar uno notable entre el Podestá de Verona y el clérigo que asesinó á un presbítero, duelo al que se refiere el Pontífice Inocencio III en su carta firmada en Civitá Castellana, los idus de Octubre de 1198, dirigida al cardenal Adelardo, obispo entonces de Verona. Más tarde aquel sitio se destinó para ejecuciones públicas, siendo muchas las que se verificaron en masa, durante la tiranía de Ecelino y la dictadura de los Scaligeros. Siempre, al par que fortaleza y campo de combates particulares y execrado lugar de ejecuciones sangrientas, sirvieron sus arcos de reparo á prostitutas, que sentaron allí sus reales con grave escándalo de todos, aumentado por el pago de alquiler de aquellos cubículos, que exigía la municipalidad, contrata vergonzosa que tardó mucho en desaparecer. Compatible con todo esto, lo mismo el Coloseo romano que el Anfiteatro veronés, han sido canteras de que se han sacado materiales y adornos para edificios públicos y casas particulares. Afortunadamente llegó un día en que las autoridades, un poco instigadas por los eruditos, un poco seducidas por las ganancias que reportan á las ciudades en que hay ruinas y monumentos las visitas de los extranjeros y curiosos, dieron orden para hacer cesar los actos de barbarie que amenazaban destruir totalmente la Arena. Hay una ordenanza de 1376 mandando cerrar las puertas, que, abiertas hasta entonces, permitían vergonzosos excesos en el interior.—*Quam multa maleficia in Theatro sive Arena commissa sunt hactenus.*

Esta disposición se renovó en 1475 y desde entonces se ha mantenido siempre en vigor, por lo cual la Arena de Verona se halla en mejor estado que el Coloseo romano; mas

bueno es recordar que ha sido objeto de restauraciones muy de tenerse en cuenta; las causas indicadas y el grave daño que ocasionaron los terremotos de 1116 y 1184 lo habían reducido á lamentable estado. Este último, según Paride de Cereta, hizo caer gran parte del círculo externo, que aún se conservaba; de nuevo comenzaron entonces algunos particulares á retirar piedras, para aprovecharlas de mejor modo según ellos, vandalismo que no había cesado al mediar el siglo XVI; por esto se dictaron nuevamente severísimas penas contra quienes por cualquier causa ó de cualquier modo perjudicaran en adelante lo que restaba de una construcción tan notable. No paró aquí el amor por la ruina; pensaron reconstruir el edificio, y el municipio veronés, animado de los mejores deseos, destinó para hacerlo una suma anual de bastante importancia, si se atiende al tiempo en que se hacía. Lástima grande que tan buenos propósitos no fueran acompañados de lo exigible para que la restauración resultara verdad; por desgracia no fué así, y lo primero que advierte el espectador colocado en medio del óvalo que forma la planta de aquel notable circo es la imperfección de los trabajos realizados para restaurarlo; las piedras de las gradas que debían rehacerse, como las que debían completarse, no son de la misma calidad que las antiguas y el trabajo también es muy diferente; en gran número de casos ni siguen siquiera la línea de la elipse indicada, los rebordes de muchos asientos están mal acabados, siendo en varios puntos más salientes ó más altos, cosas todas que motivan censuras á los directores de aquellas reparaciones, que después de todo, ni exigían grandes cálculos, ni hacían necesarios muchos conocimientos; técnicamente hablando, no se trataba de reconstruir aquel monumento, se trataba sólo de completarlo, de llenar con nuevas piezas los huecos que dejaron las antiguas, aprovechadas bárbaramente en otras construcciones. Estas faltas son de lamentar; mas, en medio de todo, merecen alabanzas quienes ordenaron las reparaciones; gracias á ellas se puede formar idea exacta del interior de tan antiguo monumento. Allí, como en Roma, el terreno ha crecido por los aluviones, enterrando parte de los arcos inferiores que, li-

mitados por esta causa, creyeron muchos eran puertas correspondientes á las cuevas en que se encerraban las fieras destinadas á servir en los juegos. Excavaciones hechas posteriormente han probado ser aquellas ideas fantasías desprovistas de fundamento; hay sobradas autoridades en los clásicos antiguos para sostener que las fieras estaban en lugares lejanos de los anfiteatros hasta el momento oportuno, siendo entonces conducidas en jaulas de madera ó de hierro hasta la puerta. Los *vivarios* de que hablan Paulo y Procopio no podían estar en el interior del circo; los estudios hechos recientemente no han descubierto lugares á propósito para encerrar animales ni cárceles para esclavos, criminales ó mártires que debían ser destrozados y que, como se sabe, eran conducidos á la Arena desde las prisiones en que estaban custodiados.

Son harto conocidas las obras que tratan de los anfiteatros en general y las monografías particulares en que se han descrito detalladamente las ruinas que existen de los mismos, reconstruyendo cuanto ha sido posible; por esto no hacemos prolijas descripciones de las partes en que se dividían, ni enumeramos gradas y puertas, ni determinamos el orden en que se colocaban las personas, ni en el que se dividían las fiestas que allí se daban. Recordando cuanto habíamos leído y teniendo á la vista uno de los anfiteatros mejor conservados, nos ocurrieron consideraciones que registraremos aquí para terminar lo referente á este género de espectáculos; los españoles podemos explicarnos perfectamente estos edificios y aquellas fiestas; tenemos las plazas de toros y las corridas, que son, sin duda alguna, perfecta derivación de las luchas romanas y de los lugares en que se celebraban. Los que aventuraron que nuestras popularísimas fiestas tienen algo de árabe incurrieron en manifiesto error; el pueblo que dominó en España durante siete siglos y del que heredamos no pocas costumbres, no vertía sangre en sus juegos; los celebraba para lucir su gracia personal, para poner de manifiesto la rara habilidad en dominar al corcel por que se hubiera sacrificado el dueño, al que jamás hubiera expuesto á un peligro brutal; malamente aconsejados algunos arquitectos

han hecho circos taurinos cuya arquitectura fantástica dice solamente que, en nuestro tiempo, el afán de parecer original hace caer en extravíos. Que la ornamentación sea de uno ú otro estilo, no quiere decir absolutamente nada; la disposición que establece íntimas relaciones entre las modernas plazas de toros y los antiguos anfiteatros subsiste. Los arcos que se abren alrededor del edificio eran otras tantas puertas numeradas, que facilitaban el acceso á la multitud, que no debía detenerse en ellas para nada, porque previamente cada uno tenía su lugar determinado en las gradas; en los anfiteatros modernos el mayor número de los arcos se han cerrado, para economizar los empleados que deben percibir la cuota de entrada ó lo que la representa; el ancho corredor que circunda toda la planta baja, en el que se abren los vomitorios inferiores y en el que empiezan las escaleras que conducen á los pisos superiores, está copiado exactamente de los circos romanos; la división establecida en el interior para los espectadores, según las clases, es idéntica también; la diferencia consiste en que hoy las clases las establece el dinero, entonces las establecían los méritos verdaderos; hombres y mujeres están revueltos y ocurre aún lo que decía Ovidio, tacto tal vez demasiado íntimo, en que la sangre arde y el atrevimiento crece, porque muchos deben decir:

*Non ego novilium sedeo studiosus equorum  
Cui tamen ipsa faves, vincat ut ille precor  
Ut loquerer tecum tecumque sederem  
Ne tibi non notus, quem facis esset amor.*

Sitio para las sacerdotisas de la *Dea Mater* no es necesario; ya no hay vestales. Las puertas que en los extremos de los ejes daban acceso al interior existen también, y sobre una de ellas, como en otro tiempo estaba la *logia* imperial, está hoy el palco de los Reyes; el pueblo atiende si el soberano se interesa por el espectáculo, como en otro tiempo la plebe lo hacía con el César; de éstos, varios bajaron á la arena; de los modernos alguno lo hubiera hecho también: no les faltó voluntad, pero para luchar es necesario algo más



que no tenían. *Panem et Circenses* no tiene en ninguna lengua equivalente tan oportuno como nuestro *Pan y Toros*. La multitud que el día de juegos lo dejaba todo por la fiesta, se ve reproducida perfectamente en nuestros días de corrida: en el foro, antes de la fiesta, no se hablaba más que de gladiadores, fieras, bandos, caballos y carros; en nuestra Puerta del Sol los días de toros, ¿se habla de otra cosa? Llegado al circo, embriagado por esperanzas, el público movía bulla y algazara, se oían chacotas, interpelaciones picantes, sátiras improvisadas por uno, repetidas por todos en alta voz y hoy ocurre lo mismo; la salida de los gladiadores, la pompa del espectáculo, el *Ave César, morituri te salutant*, se repite hoy en el paseo de la cuadrilla, la exhibición de los accesorios y el saludo á la presidencia; el interés que la lucha despierta, la revelación del instinto feroz del pueblo, que azuza al hombre contra la fiera, cuanto más brava y peligrosa es, la manifestación constante de un deseo cruel, la tranquilidad con que mira la sangre y la calma que sigue á una desgracia, después de la que sigue el espectáculo como si nada hubiera ocurrido, nos recuerda las descripciones que dejaron los autores clásicos de las luchas sangrientas del Coloseo, el *police verso*, la ferocidad del romano decadente; las pasiones de los antiguos gladiadores, sus instintos, todo, tal vez sus almas también, han transmigrado á nuestros toreros; puerta *libitinaria* es hoy la puerta del arrastre, y en esto es en lo que puede establecerse alguna diferencia; la puerta libitina moderna se ha dividido: las bestias al *espoliarium*, que existe todavía; los hombres á la capilla, pues la civilización actual permite atender al alma del gladiador herido ó muerto; en la antigüedad no veían más que el cuerpo, y privados del soplo vital hombre y bestia era lo mismo..... menos mal, hemos ganado algo; en lo demás, todo idéntico. *Lanistas* también los hubo; no se pueden llamar de otra manera los directores de aquellas escuelas de toreo, parto adecuado de ciertos cerebros reales; lo repetimos, todo es igual, pues para que nada falte, muchas veces, en medio de las peripecias de la lucha, sentimos silbar y crujir los chasquidos de aquel látigo tremendo que es la sátira 6.<sup>a</sup> de Juvenal, que Salmasio llamó

divina, Barth doctísima y exactísima, y como en tiempos del gran satírico, cada vez que un *pase* entusiasmo ó una *verónica* agita

Chironomon Ledam molli saltante Batylo  
Tuccia vesicae non imperat; Appula gannit,  
Sicut in amplexu, subitum et miserabile; longum  
Attendit Thymele; Thymele tunc rustica discit,

porque todavía, como en tiempos de Petronio, *arenarius aliquas accendit aut perfusus pulvere mulio, aut histrio, scenae ostentatione traductus.*

Y así, pensando cómo lo malo se perpetúa en este mundo, dimos aún una vuelta al elíptico circo y salimos para dirigirnos al antiguo Teatro.

(Se concluirá.)





# AQUI Y ALLÁ

(BOCETOS SOCIALES)

*Continuación (I).*

Los ojos del usurero, que ya tenían una extraña fijeza y estaban casi vidriosos, se animaron de una manera insólita y de improviso, al enterarse del estado de los negocios de Valentín; y una sonrisa feroz, diabólica, se dibujó entonces en sus labios, mientras murmuraba, con íntimo regocijo y entre dientes:

—Manos á la obra..... ¡Triunfaré!

## CAPÍTULO XXIII

### ESPECTÁCULOS Y DIVERSIONES DE LA CORTE

Hemos dejado á D. Emilio de Alba dispuesto á pasar algunas horas en el Teatro Real, convencido, por la lectura de anuncios y carteles, de que en ningún otro espectáculo había de encontrar su buena Mariquita aquella noche una diversión más honesta.

El gusto literario de ahora y las tendencias de la poesía

---

(I) Véase la pág. 528 de este tomo.

cómica y dramática son efectivamente *sui generis*, si acaso reconocemos la existencia del gusto todavía. La ópera y los grandes dramas resultan difíciles, serios y caros; y la especulación, la ligereza de costumbres y la necesidad de distraer ó divertir á los pobres como á los ricos, dió nacimiento al teatro *por horas*, y este teatro por horas ha producido un género novísimo, nacido del bufo, imitado del francés, en el que muy poco queda del carácter típico y nacional de nuestra bellísima literatura. Las famosas producciones de célebres poetas no suscitan ya grandes entusiasmos en un público estragado y sólo dispuesto á aplaudir escenas vivas, maliciosas, intencionadas, *naturalistas*, en una palabra, salpicadas de atrevimientos en el fondo y en la forma, y llenas sobre todo de detalles en que puedan lucir sus formas las comparsas y las coristas, cuyas alegres pantomimas suelen ser la sal del espectáculo y la gracia que desarruga el ceño y provoca la risa del moderno Momo. El teatro se ha convertido así en un *café-chantant*, corregido y aumentado á gusto de los consumidores. Y hasta el autor, con aspiraciones que se llaman de alto vuelo, rebusca, para agradar, la anatomía del vicio, la psicología de la vergüenza y la matemática del monstruoso efecto. No censuramos, referimos, declarando que tales aficiones, como todo aquello que no se basa en la verdad estética, son deleznable, no forman escuela ni son duraderas. Vivimos en una época de transición, y esto debe consolarnos en parte.

Comieron, pues, algo disgustados D. Emilio Alba y su mujer D.<sup>a</sup> Mariquita. Habían venido á Madrid á divertirse, y realmente se aburrían.

Poco después de la comida y ya cerca de las nueve, se encaminaron á la plaza de Oriente, para cuyo gran teatro tenían dos butacas.

Allí se sintieron, al entrar, como deslumbrados por aquel magnífico golpe de vista que siempre impresiona á los forasteros, golpe de vista en el que se confunden las luces y el brillo general de la sala, el espléndido lujo de los palcos, los divinos ecos de una música inspirada, las flexibles modulaciones de los primeros cantantes del mundo, y hasta la poé-

tica propiedad y el correspondiente fausto de la *mise en scène* en aquellos artísticos y preciosos cuadros que el público arrebatado aplaude.

Mariquita no se encontraba, es verdad, en su centro ni en el pleno dominio de sí misma. Había seguido, como siempre, las voluntades ó, mejor dicho, los deseos de su esposo por amable condescendencia, más que por verdadero gusto propio; se sonreía, pero no se entusiasmaba, y era fácil observar que en lo más hondo de sus negros y bellísimos ojos vagaba todavía alguna imagen desprendida de sus pasados infortunios, algún pensamiento triste que su actitud más ó menos serena y sus esfuerzos por mostrarse complaciente no podían disimular del todo. Y es natural que experimentase ella alguna molestia, alguna contrariedad ante todo lo que le traía á la memoria aquellos otros tiempos en que ejerció también el modesto oficio de artista de zarzuela, oficio que era el suyo cuando la llamaban Flora.

En uno de los palcos se presentó, elegante, satisfecha y fascinadora, D.<sup>a</sup> Isabel de Salcedos; pero no tuvo allí á su lado á Diego Medina, ó sea á su inseparable D. Fernando del Sotillo. Quien entró esta noche en el palco, ceremonioso y serio, sentándose luego á una indicación de la interesante viuda, fué su empleado D. León del Arroyo.

D.<sup>a</sup> Mariquita se fijó en D. León y le observó de vez en cuando disimuladamente, llegando á figurársele que el ex-capitán sentía por la viuda una afección algo más tierna y viva que la que suele revelarse con natural cortesía y atenta deferencia entre un empleado y la señora de quien depende. Había, en efecto, algo en la seriedad aquella, algo en la reprimida contracción de aquellos músculos del rostro y hasta en algunas miradas furtivas que autorizaban á suponer una lucha interna y quizás atrevidas intenciones.

La verdad era que D. León había formado el proyecto de apartar al moscardón, de ahuyentar á Diego del lado de la engañada viuda. Esta sana idea se había convertido paulatinamente en propósito firme, resultando que éste era ahora el pensamiento predominante de todos sus actos. No es que queramos suponer que mirase y tratase él con indiferencia á

la bellísima D.<sup>a</sup> Isabel, porque esto es imposible en un hombre de su edad y galantería; pero le constaba que era rica aquella mujer; recordaba que él era un simple dependiente de aquella joven caprichosa, y D. León, chapado aún en su nativo orgullo, sabía violentarse: se sentía inferior por la suerte y la fortuna, y la reconocida inferioridad de condición sellaba sus labios, humillándole y reprimiéndole. Éste era el verdadero carácter de la lucha interior y secreta adivinada por D.<sup>a</sup> Mariquita.

Dejemos ahora la sala y vamos al *foyer*, nombre francés puesto en moda por sietemesinos y otros que no lo son, autorizados, sin duda, para desnaturalizar el rico vocabulario de la sonora lengua castellana.

En el último entreacto estaba dicho *foyer*—acatemos el barbarismo por respeto á sus inventores y á la costumbre—estaba el foyer animadísimo cual nunca. Todos, los que acuden para ver, como los que acuden para ser vistos, encomiaban ó reprendían, murmuraban ó discutían, oyéndose en varios grupos de abonados las conversaciones más animadas y diversas. Mientras unos comentaban en alta voz el escándalo del día ó descubrían ó inventaban intrigas secretas y amorosas, se entusiasmaban otros con las condiciones del tenor ó los gorjeos de la prima-donna, la potencia del bajo ó los esfuerzos del soprano, la propiedad del attrezzo ó la afinación de los coros; en tanto que más allá se *hacía* política y algunos personajes de *pro* trataban con calor operaciones de alta banca.

Allí, sin que parezca extraño ni pueda tacharse de fenómeno de obicuidad, aparecieron también á última hora don Gaspar Marchamero y D. Diego Medina, ambos vestidos de frac y con abrigo al brazo. Solían aprovechar algunos billetes *de favor* concedidos á la prensa para hacerse visibles, sin gasto alguno, como críticos notables, personas importantes y montadas *á la dernière*.

Oigamos algunas palabras de aquellos dos granujas de guante blanco, aunque cuchichean muy bajito:

—Me alegro de que no te arrepientas de mi dirección ni de mis consejos—decía con sorna el astuto Gaspar.—Con

dinero en el bolsillo, buena presencia, trajes de moda, independencia absoluta y corazón ancho, has llegado á ser el hombre de la dicha y llegarás á ser lo que quieras.

—Pero ya confiesas que no te lo debo todo.

—Me debes lo principal, ya lo sabes. ¿Qué habrías hecho con tus repulgos y abandonado á tí mismo? Nada. No pasarías de ser acaso un pobre escribiente medio muerto de hambre, mientras que ahora comes muchos días en Lhardy y se te ofrece un porvenir brillante..... sin contar los amores en perspectiva que pueden hacerte dueño de una fortuna.....

—¿Qué dirá á todo esto Eulalia?

—Mi madrastra, tu antigua mujer, depende de mí, y te dejará siempre á tus anchas..... Puedes vivir por esta parte tranquilo. Eres libre..... ¿Cómo siguen tus relaciones con la hermosa viuda?

—Mi conquista marcha viento en popa. Esta tarde la he acompañado á los toros; ahora está en su palco con León, por el bien parecer....; pero este administrador suyo corre bien conmigo, porque le tiene cuenta..... Luego la acompañaré al baile de beneficencia que ha de estar espléndido esta noche en la Comedia. Me parece que no la descuido..... ¿eh? El programa es mío, y ya ves que no puede darse un día mejor aprovechado.

—Sin embargo, es siempre un peligro tu nombre supuesto..... No fies en León demasiado.

—Es muy buen muchacho.

—Otra cosa. Me decido á abandonar la política militante; porque..... mi influencia está ya asegurada; necesito ahora vivir bien con todos los partidos, y prefiero especulaciones más lucrativas..... Quiero dedicarme exclusivamente á operaciones de Bolsa y á la alta banca.

—¿Y tu distrito?

—Te lo cedo. ¿Quieres ser diputado?

—¡Qué dices!

—Lo que oyes. Cuento para tí con el apoyo del ministro, pero impongo una condición.

—Lo suponía. Veamos.

—Es necesario que antes hable un poco la prensa de tus

negocios..... y que te crean hombre acaudalado. Mira, tengo mi plan. Es preciso que te avistes mañana con el rico almacenista de maderas Sr. Campos y procures quedarte con el traspaso de sus importantes almacenes, cueste lo que cueste..... quiero decir, á cualquier precio. Después ya te daré mis instrucciones.

—¡Almacenista en grande! ¿Y el dinero?....

—Lo pondré á disposición tuya en tiempo oportuno. Éste es el primer paso para conquistar un puesto en los escaños del Congreso.

—Sé que tu máxima es *do ut des*; pero en este negocio, en que ando á ciegas, me entrego á tu previsión, á tus cálculos y á tus órdenes en cuerpo y alma.

—No te arrepentirás.

Y los dos vividores se abrazaron, constándoles perfectamente que aquel abrazo era otro beso de Judas.

D. Gaspar se marchó entonces satisfecho y pensando en una combinación que había de hundir la pequeña fortuna del honrado Valentín y allanarle á él el camino para acercarse más ó llegar á Ramona.

Su *adlátere*, el corre-ve-dile Diego, se quedó, aguardando el fin de la ópera y el brillante desfile de las señoras. El corazón le bailaba dentro del pecho con la esperanza de llegar á ser diputado, y su vanidad y su atrevimiento crecían. Encontróse de manos á boca con D.<sup>a</sup> Mariquita, algo separada, un momento, de su esposo por el empuje y el vaivén de las parejas, y se permitió el cinismo de dirigirle una frase soez, una provocación grosera é indigna al oído, lo que la puso encendida y temblorosa. No se apercibió de lo ocurrido Emilio, pero pudo observar la subsiguiente palidez mortal y la profunda emoción de su mujer.

—¿Te sientes mal?—le preguntó.

—Un poco, y hasta llego á creer que los aires de Madrid me hacen mucho daño.

—Lo primero es tu salud, querida. Mañana saldremos de la corte, después de despedirnos de Valentín y de Ramona, si te parece.

.....



Una hora después, de una á dos de la noche, el teatro de la Comedia estaba animadísimo. La fiesta, el baile de máscaras, preparado por algunas señoras de la aristocracia con un fin benéfico, no podía haber obtenido un éxito más completo ni más brillante.

D. Diego Medina, es decir, D. Fernando del Sotillo, se pavoneaba por el salón, dando el brazo á la elegante viuda D.<sup>a</sup> Isabel, en medio de muchas é interesantes máscaras, algunas de las cuales descubrían, sin embargo, una procedencia dudosa.

Acababa también de entrar D. León; y una alegre joven, medio tapada, se colgó en seguida y con familiaridad de su brazo. Era la preciosa Pepita, que allí esperaba indudablemente á éste su querido.

—¡Viva la franqueza!—dijo él sonriendo.

—¿Te disgusta pasear y bailar conmigo?

—Todo lo contrario. Pero ¿estás aquí sola, ó te acompaña tu madre?

—He venido con mi madre. Mírala..... Es aquella que está allí sentada; y, Dios me perdone, aun creo que hace arrumacos á aquel viejete.

—Me alegro.

—¿Por qué te alegras?

—Porque necesito luego hablarle.

—¿Al viejete, ó á mi madre?

—Á tu madre.

Pepita se encogió de hombros, arrastrando á D. León entre un torbellino de parejas que valsaban á los ecos de una magnífica orquesta.

Era el espectáculo de siempre. Era un lujoso baile preparado por encumbradas damas, muy persuadidas, y con razón, de que el mejor medio de allegar fondos, en nuestra sociedad corrompida, es vender placeres; y claro es que aquellas damas habían llenado su cometido con admirable acierto. Así, estaba el salón regiamente decorado, presentando un golpe de vista deslumbrante. Mil luces, reflejándose en las bruñidas facetas de elegantes arañas y haciendo resaltar el dorado de las molduras, la riqueza del decorado de los palcos y hasta los frescos de la techumbre, producían un efecto mági-

co; y luego todo estaba calculado y previsto: el ruido de los concurrentes que iban y venían con placenteras sonrisas en los labios y alegría y esperanza en las miradas; aquel lujo de la aristocracia de la sangre y del dinero, codeándose con el lujo arruinador de la clase media; las bellezas que se adivinaban debajo de poéticos disfraces; los armoniosos ecos de aquella nutrida música altamente voluptuosa; aquel mar de delicias que la ilusión forjaba, y hasta aquella atmósfera densa, caliente é impregnada de deleite, todo concluía por trastornar la cabeza, trasladando la imaginación á un paraíso de huríes.

Tarea imposible sería para un inexperto el orientarse en semejante laberinto viviente, en medio de aquel movimiento continuo, de aquel maremágnum, de aquel vaiven, de aquel delicioso infierno..... Sólo se ven torbellinos de máscaras, trajes caprichosos, figuras fantásticas é incitadoras que van y vienen, y se presentan de pronto para desaparecer al punto. Oro, mucho oro derramado en cambio de un sorbo de la copa encantada; mucha ostentación y también mucho brillo de oropel: rozagantes trajes de seda, prendas riquísimas, vistosas flores y adornos en las cabezas, y metales preciosos y perlas y diamantes, verdaderos y falsos, en los blancos brazos y en el turgente y desnudo seno de provocativas mujeres. Allí, en aquellos palacios de hadas y de delirios, suele también sorprenderse á veces el peligroso entusiasmo de la incauta joven ya seducida ó dispuesta á serlo; el sarcasmo de la pobreza que carece de pan y ostenta un lujo que deslumbra; las redes tendidas con talento por el vicio; el furtivo abrazo de la lascivia, y hasta el dinero que cuesta la deshonra. Y en tanto que todo es ruido, agradable algazara, música sonora, risotadas, chanzas, bromas y aparente alegría, el observador descubre acaso la desesperación del amante vendido, la vergüenza del padre ofendido y la ira del esposo burlado, viéndose también semblantes contraídos por la pasión y el despecho y ojos encendidos por el instinto de la venganza..... Pero sonrían otros labios amantes más allá, y en tanto vierten dulzura los lánguidos ojos de encantadoras Circes.

Éste es el mundo; ésta es la humanidad, que tiene sus momentos de franqueza y no puede esconder siempre, bajo una capa de mentidas virtudes, las hediondas y profundas llagas que la corroen.

Pero rechazemos la mala tentación de filosofar, y volvamos á nuestra historia.

Á las dos y media había llegado el baile á su apogeo, y continuaba amarteladita D.<sup>a</sup> Isabel con su enamorado el famoso D. Diego, mostrándose más expansiva que nunca. Rebuscaba él los torpes medios, llamados seducciones, á que suelen acudir los que no se distinguen por una conversación amena ni por la brillantez de su talento, habiendo algo de fatuidad y de osadía en sus maneras, que recordaban los buenos tiempos de sus amores y conquistas en el pequeño pueblo donde había nacido.

—¡Qué cruel es usted!—decía el galán.—Un año hace que la adoro rendidamente, pero con amor platónico..... El trato íntimo aumenta la adoración mía y, sin embargo, nunca consigo una esperanza siquiera para un porvenir más ó menos próximo.

—¿No se acuerda usted del convenio aceptado por usted la primera vez que me habló de amores?

—Perfectamente. Me ordenó usted que nunca hablase yo de un enlace que no estaba usted dispuesta á aceptar y cuya sola proposición le enojaba.

—Justamente; y ya sabe usted que soy terca y no me gusta repetir mis órdenes.

—Pero esto es cruel, muy cruel, cuando podría ser para mí el colmo de la felicidad una unión tan fervorosamente anhelada.

—Crea usted, Fernando, que el platonismo tiene sus grandes ventajas..... Mientras seamos libres, la dicha puede sonreírnos siempre, como ahora.

—¿Y por qué no después?

—Después puede existir una felicidad relativa, una luna de miel de..... quince días. Luego nada queda; ha desaparecido la libertad y el encanto, y vienen á tropel mil disgustos.

—¡Qué ideas tan singulares! ¡Qué errores tan grandes en una joven tan divina y amable!

—Así; hábleme usted de amabilidad, de belleza, de idolatría, de todo lo que usted quiera..... Esto me gusta; pero nada más.

—Hay momentos, como ahora mismo, en que contenerse en los límites de lo puramente platónico es casi imposible.

—¿No me ha dicho usted muchas veces que vive por mí? Pues lo primero que exijo es obediencia absoluta á todos mis deseos.

—¡Qué crueldad!

D.<sup>a</sup> Isabel se reía con volubilidad franca, casi infantil y despreocupada, mientras su caballero ponía inútilmente en tortura su pobre imaginación para inventar otros medios más felices de ataque y rendir aquella plaza invencible.

Entretanto, D. León del Arroyo continuaba paseando del brazo á su linda Pepita, disfrazada de coqueta napolitana. Al mismo tiempo, no perdía él de vista á la viudita y seguía con empeño sus evoluciones por la sala, componiéndose y buscando las vueltas de manera que, en un momento dado y á consecuencia de un rápido cambio de frente, hizo que Pepita se encontrase, de improviso y sin pensar, mirando de hito en hito á su padre, cuya presencia en el salón hasta ignoraba ella.

—¡Mi padre!—exclamó con sencillez é involuntariamente Pepita.—¡Mi padre con D.<sup>a</sup> Isabel de Salcedos!

Aquella exclamación cortó de súbito la hilaridad de la viuda, dejándola sorprendida primero y después petrificada.

—¡Su padre!....—murmuraba á media voz la viuda.—Explíqueme usted, D. León, lo que dice esta máscara que es su pareja.

Pero Pepita, obedeciendo á un nervioso é inconsciente impulso, acababa de arrancar de golpe su ligero antifaz y decía con voz firme y cierta arrogancia:

—¡No tengo por qué hacer misterios, ni necesito ocultarme, ni quiero renegar ante nadie de los míos!.... He dicho y repito que este señor es mi padre.

—¿Qué es esto?—siguió preguntando la confundida viuda.—¡Qué es esto! ¡Hable usted, hable usted, por Dios, D. Fernando del Sotillo!

El supuesto D. Fernando, paralizado con la presencia y noble arranque de su hija, estaba en aquel instante completamente perturbado, solo balbuceaba sílabas inconexas y no sabía qué decir ni responder.

—Mi padre no se llama D. Fernando—replicó con dignidad é imperturbable la hermosa niña;—mi padre se llama D. Diego Medina.

—¡Diego Medina!.... Pero dígame usted, D. León, ¿qué galimatías es éste?....—preguntó nuevamente la viuda, impacientada y después de haberse desprendido del brazo de su aturdido caballero.

Á un paso de aquel grupo estaba, sentada y mirando, la prestamista tan conocida de D.<sup>a</sup> Isabel. Señalándola don León del Arroyo, se limitó á decir:

—Aquella señora allí sentada es D.<sup>a</sup> Eulalia su mujer, y mi pareja es efectivamente su hija..... Yo creía que no eran desconocidas de usted estas personas.

—¡Qué!—interrumpió entonces con voz bronca é incomodada D.<sup>a</sup> Eulalia.—¿Se duda que sea yo la mujer *legítima*, pero jubilada, de este Diego Medina? ¿Quién lo negará y á quién puede importarle?.... ¡Estamos frescos! Aunque el calavera de mi marido y yo vivimos muy bien separados, me encocora todavía verle hacer así el amor á una *cliente*, á una cualquiera, y á mis narices mismas engatusarla y preferirla.

D. Diego acababa de escurrirse sin más entre los grupos y desapareció listamente como alma que lleva el diablo.

La viuda, avergonzada de aquel escandaloso lance en que figuraba como principal protagonista y ante aquella escena grotesca que ya había llamado la atención de varias parejas reunidas allí á su alrededor y formando corro, recobró de pronto toda su serena energía, toda su altivez de dama ofendida, y despreciando con profundo desdén la mala educación de D.<sup>a</sup> Eulalia, se dirigió á su empleado, diciéndole con resolución y dulzura:

—Ignoraba yo que existiesen entes capaces de usurpar un nombre y un estado civil por no atreverse á descubrir á una mujer el que les pertenece, é ignoraba también que una señora pudiese verse expuesta á estos insultos y á tan escan-

dalosa rechifla..... ¿Quiere usted, D. León, con permiso de esta señorita que ha bailado con usted, quiere usted tener la bondad de sacarme de aquí y acompañarme á mi casa?

—Estoy á las órdenes de mi señora—contestó D. León como humilde y triunfante. Y dirigiéndose luego á Pepita, añadió:—Dispénsame, amiga mía, te lo ruego; tengo que dejarte ahora con tu madre.

Pepita dió despechada media vuelta para ocultar una lágrima que rodaba por su mejilla.

—¡Oh! ¡D.<sup>a</sup> Isabel, D.<sup>a</sup> Isabel!—murmuraba aquella joven, dando con el pie en la alfombra. Ya presentía yo que habías de robarme el cariño de mi León; pero no podía imaginar que fuese él tu cómplice y se burlase tan perfectamente de mi candidez, como lo hace ahora.

D.<sup>a</sup> Eulalia no daba ninguna importancia al hecho, y volvió á sentarse muy tranquila, mientras su hija desaparecía como loca entre aquellos torbellinos de gente.

Pero D. León y D.<sup>a</sup> Isabel habían salido ya del teatro y se dirigían en busca del coche.

—¡Parece mentira tanto cinismo!—murmuraba ella, muy conmovida.

—Créame usted, D.<sup>a</sup> Isabel—objetó su empleado con mucha dulzura y amabilidad extrema.—Es usted muy niña y demasiado hermosa para cruzar así sola el mundo, sin ningún apoyo, sin el brazo de un hombre de carácter que tenga el derecho de hacerla respetar y defenderla.

—Quizás esté usted en lo cierto—dijo la viuda, cavilosa y arrimándose más al que le servía de caballero andante.

.....

Desde aquella noche del baile, las cosas marcharon á galope en el hotelito del barrio de Monasterio.

Antes de ocho días, D. León del Arroyo quedaba reintegrado en su empleo de capitán con destino á uno de los escuadrones de húsares que guarnecían la plaza de Madrid, y no mucho tiempo después, se habló también *sotto voce* del enlace del rehabilitado militar con la interesante, influyente y caprichosa viudita.

## CAPÍTULO XXIV

## LA POLÍTICA Y LA BANCA

En ocasiones muy solemnes se permitía D. Gaspar Marchamero el increíble despilfarro de tomar un simón. Serían las tres de una tarde de calor insoportable, y algo muy grave debía ocurrir, puesto que nuestro hombre llamó á un cochero de punto que casualmente pasaba con su desvencijada berlina por delante de una casa de huéspedes de la calle de San Mateo, en la que vivía humildemente su famoso paisano D. Diego Medina.

Estaban ambos en la acera, y subieron con precipitación al coche, diciendo á la vez:

—¡Al Congreso!

La vetusta y pesada caja con ruedas se puso en marcha, después de recibir un latigazo el pobre jalmelgo que de ella trabajosamente tiraba. Dirigióse hacia la calle de Fuencarral, pasando luego por la Red de San Luis, Puerta del Sol y Carrera de San Jerónimo, hasta llegar á mezclarse, delante de una puerta lateral del Congreso, con los varios carruajes que allí paraban, particulares y lujosos unos, de aquiler también otros, oficiales y de contrata los más. De ellos iban saliendo conocidos políticos, ilustres rurales, senadores y ministros.

Son el Congreso y el Senado edificios verdaderamente magnos de la corte, centros políticos muy dignos, en determinadas ocasiones, de la preferente visita de ciertas curiosas *paletas* y de sus aficionados acompañantes, favorecidos ellos y ellas por el diputado amigo que les regala su correspondiente papeleta de tribuna. Es á veces por todo extremo interesante oír los gritos del Sr. Sagasta, reír las guasas del Sr. Romero Robledo, ver cómo se atusa el bigote el presumido Sr. Castelar, se cala los lentes el sesudo filósofo señor Cánovas, se impacienta el nervioso orador de alto vuelo Sr. Pidal, estira automáticamente el pescuezo el honorable desfaceador de entuertos Sr. Montero Ríos, ó se calza los

guantes el pulquérrimo y finchado demócrata Sr. Becerra.

Mucho hay efectivamente que ver y estudiar, aunque no lo vean ni lo estudien algunos de dichos paletos. Sólo la humilde antesala pública, verdadero puente de los suspiros, paso de las pretensiones de los que aspiran á la protección del elegido de su aldea, aquella pintoresca antesala con el movimiento continuo de entradas y salidas de pobres profanos de los más variados aspectos y de las más singulares actitudes....; sólo aquel entretenido abrir y cerrar de puertas prohibidas á ciertos pretendientes, y aquel interminable trajín de pasar tarjetas, esquelas, cartas y recados en mil formas, recibidos de mal humor por los mozos de librea y presentados más tarde en bandejas de plata á los señores....; y luego las contestaciones verbales ó escritas que, á la larga y como por limosna, devuelven algunos representantes del país á los pacientes electores que en dicha antesalita esperan....; sólo una ligera descripción de las escenas tristes ó ridículas que allí pasan, podría llenar las páginas de un interesante libro. Y ¡qué diríamos del interior de aquel palacio de la representación nacional, con sus históricos pasillos, su animado salón de conferencias, el famoso y solemne hemiciclo, y cuanto altamente dramático, cómico y trágico allí tan á menudo ha pasado y pasa!.... Pero no es éste nuestro objeto ahora.

Nos basta que los lectores sepan que aquella tarde había de recaer votación sobre un asunto muy ruidoso. Se trataba de un proyecto de ley, admitido por el Gabinete, autorizando un nuevo Banco y estableciendo una contrata de ciertos servicios públicos monopolizados hasta aquel día por el Estado. Había circulado por la prensa la palabra *negocio*, y las oposiciones, que lo combatían, propalaban en voz baja y por envidia detalles picantes.

Era, por consiguiente, tarde de gran movimiento, y el interés de la sesión crecía por instantes y alcanzaba su punto álgido. La concurrencia en los pasillos llegó á producir un incómodo é intolerable apiñamiento de padres de la patria, y hasta hubo involuntarios codazos en aquellas estrecheces entre los que pasaban y los que se paraban. El salón de con-



ferencias estaba también animadísimo, oyéndose el ruido de cien conversaciones á la vez y los vibrantes ecos de risotadas por un lado, los rumores de explicaciones dadas con entonación declamatoria por otro, y acaloramientos, disgustos y quejas más allá, plácemes y abrazos por acá, observándose que algunos de los más encopetados oradores de poca fe eran los primeros en tomar á broma su última peroración, como si encontraran bueno saber engañar con arte á un público capaz de creer en la sinceridad de sus asertos. Por algo se proscibirían los artificios retóricos en pueblos muy sesudos.

El hecho es que se habla mucho del bien del país en todos los partidos políticos, y por país suelen entender los más el interés propio.

Descorriendo la cortina que da paso al hemiciclo, se veía la mesa presidencial, aparentemente guardada, como siempre, por sus maceros convertidos en estatuas, y mareada de continuo por los múltiples avisos de diputados que iban y venían, se acercaban y apartaban, hablaban y discutían, mientras que un joven orador trataba de *esculturar* su frase, para convencer sin duda á los escaños casi vacíos, escaños en los que solamente aparecen los que por comodidad ó costumbre despachan allí su correspondencia, siempre sordos é indiferentes á toda oratoria. Pero ya es cosa sabida que los retóricos noveles y los de segunda fila no pueden hablar para convencer á los diputados, sino para que sus discursos, por nadie oídos en el salón, se impriman y aparezcan en letras de molde, corregidos y aumentados, en el *Extracto oficial* y en el *Diario de las sesiones*. Es una solemne vanidad como otra cualquiera.

Luego, arriba, veíanse casi llenas las tribunas que se entusiasman, entre ellas la de la prensa con sus constantes jornaleros de la idea, incansables operarios de las ilusiones, atentos algunos en tomar notas, mientras otros, con menos vocación para el trabajo, pero más expertos y duchos en explotar las ventajas de la labor ajena, pasan el tiempo hombreando y distrayéndose con chanzonetas y bromas, en tanto que llega el día de las mayores recompensas y de los más

altos honores, á los altivos representantes de la opinión pública.

Es una gran verdad que no alcanza más el que más y mejor trabaja, sino el que más y mejor explota. Pero es cuestión de genios: unos nacieron para trabajar rudamente, y otros para explotar sin ningún esfuerzo. Se habla mucho de la omnipotencia del periodismo, y esa omnipotencia es casi un hecho; pero de ella no suelen aprovecharse los que son el alma del periódico, los humildes obreros de la pluma, los que tienen en tensión continua y en perpetua tortura la mente, y exprimen un cerebro bien dotado y le someten á sudores mortales..... No. Mientras que los escritores de la labor apremiante y eterna, mientras que entendimientos privilegiados y dignos derrochan con candidez y neciamente su juventud y su vida en aras del afán á un buen nombre, inclinados noche y día sobre las malhadadas cuartillas, sin más recompensa ni perspectiva que un miserable salario, el periodismo reniega de sus verdaderos hijos y los desconoce, forjando inmerecidas palmas y extrañas aureolas, abriendo á veces las puertas de las grandes posiciones políticas y sociales y preparando poltronas de ministro y hasta sillones de sabio académico al explotador mañoso y á la nulidad insigne. Es cuestión de carácter, como hemos dicho, y el genio del escritor inteligente suele repugnar solicitudes menguadas. Por estas y otras razones, ¡qué injusticias y qué grandes contrastes se encierran en una incómoda y pobre redacción vista por dentro! Allí como en todas las fraguas, allí como en todos los talleres humanos, y en mayor escala que en otros muchos, aparece la tristísima lucha entre el burgués y el proletario, entre el explotador político y su víctima, entre la posición ó el capital y el trabajo!

Pero nos distraemos y olvidamos nuestro principal asunto. En dicha sala de conferencias y rodeados de un grupo de periodistas y diputados que buscan impresiones, se encontraban D. Gaspar Marchamero y D. Diego Medina, también digno representante del país el primero y presunto candidato el otro.

—No se entiende qué buscan ni qué se proponen las ope-

siciones con las dificultades que suscitan al proyecto—decía Marchamero con calor y como sorprendido.

—Lo que se proponen—respondía un escritor romo y ramplón, aunque francote,—lo que se proponen las oposiciones es evidenciar ante el país que el tal proyecto resulta ser un *negocio* redondo para usted, que es el principal interesado, según malas voces, y para sus amigos los capitalistas que lo sostienen..... ¿Le parece á usted poco, D. Gaspar?

—Claro es que en todo hay siempre la esperanza de algún negocio—replicaba nuestro gran hacendista en cierne;—pero el negocio resulta después bueno ó malo, y no es fácil prever todas las contingencias. Lo que puede asegurarse ahora es que el tal proyecto es muy beneficioso al Estado, puesto que el Erario se ahorra con la contrata una cantidad respetable y muy saneadita que hoy desembolsa para ser mal servido. ¡Qué! ¿No ha ganado el Estado cediendo al Banco el cobro de las contribuciones? ¿No gana con tener arrendada la fabricación de tabacos?

—Es discutible—replicó el periodista,—y desde luego afirmo que el público nada ha ganado: las contribuciones se han cobrado con más vejámenes que por la Hacienda misma, y las tagarninas son tan malas como fueron antes.

—Eso son bromas. Además, ahora se trata de cosa distinta: se trata de la fundación de un Banco que ha de influir grandemente en el desenvolvimiento de la riqueza agrícola, cuestión que no ha de mirarse con indiferencia si se quiere evitar que dicha riqueza siga pasando casi toda á manos de los usureros.....

Aquí soltó una carcajada el periodista.

—Y luego hay una contrata aneja—prosiguió imperturbable Marchamero;—hay un servicio público que facilita las primeras operaciones del Banco, servicio que se compromete á cubrir el nuevo establecimiento bajo ciertas estipulaciones y por contrata..... ¿Qué hay que decir en todo esto, si la empresa particular afianza y realiza el servicio con más exactitud y economía que el Gobierno mismo, con el deficiente material suyo y sus propios empleados?

—Lo del Banco..... me hace sospechar—repuso el periodista risueño;—pero lo de la contrata..... me escama.

—No sé por qué.

—Porque conozco muchas subastas fingidas y contrataciones de mala fe. Dígalo aquel arquitecto ministerial que formaba sus planos con presupuestos tan bajos que nadie pudiese admitirlos, y hacía luego aceptar la contrata por un testamento suyo, con el propósito de duplicar luego el coste de las obras, ya por alteraciones fútiles, ya bajo el pretexto de no haber podido prever que el suelo era arenoso y exigía cimientos más hondos que los calculados en el primitivo plano.

—No se trata de tales zancochos en este caso.

—En el caso de ahora se dice también que otras compañías ofrecen proposiciones mucho más ventajosas á la hacienda, y no son atendidas, porque lo que se busca es que sean ustedes y no otros los favorecidos. Se añade además que hay de por medio las lucrativas plazas del futuro Consejo de administración de la Compañía, plazas que se suponen ya repartidas entre exministros, exdirectores generales, y en fin..... ¡la mar!

—Se dirá todo lo que se quiera; pero el hecho es que nadie ofrece iguales garantías, y la seriedad debe ser lo primero en todos los actos de un Gobierno celoso y previsor que funda, mejora y contrata.

—¡Vamos, D. Gaspar! ¿Triunfará esta tarde la seriedad ó el monopolio?

—Estas preguntas no son argumentos; no son más que palabras vacías.

—Que van al fondo, por lo visto y por lo que pican.

—¡Ca! No lo crea usted. Todo lo que usted pueda decirnos tiene sin cuidado. La verdad es que, en buenas teorías, el Estado no puede ni debe ser fabricante de cigarros, almacenista de sal, ni empresario, en una palabra.

—¡Que error mayúsculo!—exclamó, siempre riendo, el periodista.—Yo quiero, por el contrario, que el Estado sea cocinero, sastre y hasta..... patrón de huéspedes, y me dé de comer, me vista y me aloje gratis..... Yo, en cambio del favor, le encargaré entonces que cobre y guarde los pocos

cuartos que mensualmente me tocan en el mezquino reparto de haberes..... ¡Nada! Cuantos menos cuidados tenga yo, tanto mejor. Estoy por el socialismo puro, y aun por el comunismo, si me apura usted, hasta que lleguemos á la abolición absoluta de la moneda, que casi de nada sirve á los que manejamos poca.

—Eso es; y luego que venga la comunidad de mujeres, y las rubias y las morenas por riguroso turno, según toquen.

—No estará mal así, siendo por supuesto yo el encargado del reparto,—objetó D. Diego, excitando risas generales.

Así suelen parar en asunto de chacota los graves intereses del Estado.

En esto resonaron repetida y prolongadamente los timbres del momento solemne y de los apuros. Llamaban á votar; hubo en seguida fervorosa aglomeración en las puertas, y los escaños se llenaron en pocos minutos.

—Aún no sé yo, en realidad, de qué se trata—decía un diputado á otro de sus colegas;—pero me basta saber que he de decir *sí* con los de la mayoría.

CARLOS SOLER ARQUÉS.

*(Continuará.)*





## BOLETÍN BIBLIOGRAFICO <sup>(1)</sup>

---

Tratado teórico-práctico de canto Gregoriano según la verdadera tradición, *por el P. EUSTOQUIO DE URIARTE, de la Orden de San Agustín.*—Madrid, 1891.—En 4.<sup>o</sup>, 228 páginas con numerosos grabados: 4 pesetas.

Aunque carecemos de competencia en la música para formar juicio cabal y descubrir todos los méritos que avaloran la concienzuda producción del sabio hijo de la Orden agustiana, no empece esto que entreveamos la difícil labor con tanta brillantez realizada por el P. Uriarte. En muchas materias se necesita ser maestro para escribir libro semejante, y en verdad que el autor demuestra que lo es por indiscutible modo. Á su talento artístico une juicio sumamente claro y una manera de escribir, sobria, elegante y correctísima. Solamente con estas condiciones es posible hacer que resulte ameno un libro esencialmente de erudición, por el cual enviamos calurosa enhorabuena al P. Eustoquio de Uriarte.

\*  
\* \*

*Historia de España, por D. TEODORO BARÓ. Cuarta edición, adornada con 200 grabados y el retrato del autor.*—Barce-

---

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

*lona, librería de Antonio J. Bastinos, editor.—En 8.º, 580 páginas. Encuadernado en tela: 6 pesetas.*

Aparece la cuarta edición de esta importante obra, completamente refundida y muy aumentada, sin que pierda su carácter de sencillez, amenidad y concisión. Por la bondad y exactitud del texto, la belleza de los grabados, muchos de ellos completamente nuevos, lo claro de los tipos y la finura del papel, la *Historia de España* del digno exdirector general de Beneficencia merece con justicia los unánimes y entusiastas elogios con que las personas instruídas y toda la prensa la celebran. Libro ameno y útil, elegantemente escrito y de baratura inverosímil, ¿qué más puede pedirse?

\*  
\* \*

**Páginas edificantes, por D. MANUEL POLO Y PEYROLÓN.**  
—*Valencia, 1891.—En 8.º, 303 páginas: 3 pesetas.*

Dijo el ilustrado censor de esta obra que el autor «propone muchos ejemplos de virtud y de honradez que imitar,» y en verdad que acertó en ello. El Sr. Polo y Peyrolón es doctísimo catedrático, publicista de mérito y defensor tenaz de la sana doctrina católica. Los artículos que componen el volumen que nos ocupa ofrecen interés, inspiran buenos sentimientos y están perfectamente escritos. Todos los padres de familia deben procurar que sus hijos lean unas páginas en las que no hay un solo ataque á la moral. ¡Ojalá abundasen en nuestro país escritores como el Sr. Polo y Peyrolón!....

\*  
\* \*

**Discursos académicos. Segunda edición.—Valencia, 1891,**  
—*En 8.º mayor, 350 páginas: 2 pesetas.*

También es autor de este libro el Sr. Polo. Basta citar algunos de los capítulos para que se colija su importancia: Elogio de Santo Tomás de Aquino.—El Cristianismo y la civilización.—Apostolado de la mujer en las sociedades modernas.—Místicos amores de Santa Teresa de Jesús.—Elogio biográfico del Papa León XIII.—El naturalismo en la nove-

la, etc. Son todos una serie de estudios concienzudamente hechos, que bastarían para acreditar al Sr. Peyrolón.

\*  
\* \*

*Gente menuda (Romances infantiles)*, por D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—*Madrid*, 1891: 2 pesetas.

Ossorio y Bernard en España, como Edmundo de Amicis en Italia, es el literato que mejor acierta á escribir de manera que le entiendan los niños. Nadie como Ossorio y Bernard para trazar cuadros infantiles, que encantan por lo sencillos y propios. Y es que se entusiasma de veras; sólo un verdadero amante de la infancia se impone los sacrificios que costó á Ossorio su revista *Los Niños*, que, á ser mayor la ilustración en nuestro país, hubiera alcanzado vida próspera. Por su notable obra *Galería biográfica de artistas españoles del siglo XIX*, ha tiempo que debiera haber sido nombrado individuo de la Academia de Bellas Artes. ¿Lo será? Creemos que sí, porque aún se suele hacer justicia en nuestro país de vez en cuando.....

*Gente menuda* es una obrita preciosa en todos conceptos: los juegos de los niños, las escenas familiares, los premios y castigos, los describe el autor en romances, modelo de soltura y buen gusto. Ningún obsequio más útil y agradable para los niños que un ejemplar de *Gente menuda*, libro que deleita por modo singular.

Ya que Ossorio y Bernard no logre recompensa pecuniaria á sus afanes, conseguirá la gratitud de las cándidas almas infantiles. ¿Qué mejor premio para quien, como él, prefiere á todo los goces del espíritu?

\*  
\* \*

*Tinta negra*, por JOAQUÍN DICENTA. *Dibujos de T. Muñoz, Lucena y A. Pons*.—*Madrid*, librería de Fernando Fe, 1892.—*En 8.º*, 282 páginas: 3,50 pesetas.

Joaquín Dicenta se ha creado en poco tiempo gran reputación; sus triunfos en el teatro, su vigoroso estilo literario,



la misma originalidad que le es propia, todo contribuye á que sus trabajos se lean con preferente interés. *Tinta negra* es una amenísima y variada colección de artículos, que la prensa ha elogiado con justo entusiasmo, porque cabe disentir de las opiniones de Dicenta, oponerse á sus ideales; pero queda siempre como innegable que es un escritor de mucho talento, genial con frecuencia, siempre bien intencionado.

\*  
\* \*

**Dosia.** *Novela original de ENRIQUE GREVILLE. Traducida de la 54.<sup>a</sup> edición francesa por José de Caso.—La hija de Dosia, íd. íd.—Madrid, El Progreso Editorial, 1891.—En 8.<sup>o</sup>, dos tomos de 224 y 227 páginas.*

El número extraordinario de ediciones que de ambas novelitas se han publicado en París demuestra la aceptación que ha obtenido una de las producciones más amenas, interesantes y agradables del ilustre escritor francés. La versión castellana es muy esmerada y la estampación tan buena como todas las que pertenecen á El Progreso Editorial.

\*  
\* \*

**En el África tenebrosa.**—*Barcelona, Espasa y Compañía, editores. Cuadernos 44 á 55.*

Concluye la parte titulada *Emín Bajá y la sublevación de la provincia del Ecuador*, por Mounteney Jephson, oficial de Stanley, y comienza la no menos interesante que se denomina *Diez años en la provincia del Ecuador y regreso de ella con Emín Bajá*, por el mayor Gaetano Casati. Ambas traducciones, del inglés y del italiano respectivamente, se deben al excelente literato y académico D. José Coroleu. La impresión es clara y los cuadernos están adornados por hermosas láminas de colores, circunstancias que dan realce á lo variado, dramático y curioso del texto, que cumple el viejo precepto de instruir deleitando.

\*  
\* \*

El positivismo en la ciencia jurídica y social italiana, por PEDRO DORADO MONTERO.—Madrid, 1891.—En 4.º, dos partes de 177 y 343 páginas: 8 pesetas.

Obra muy importante que demuestra los profundos conocimientos del Sr. Dorado, docto profesor de la Universidad de Salamanca. En la primera parte estudia el autor el derecho penal, y en la segunda examina los puntos siguientes: economía política, filosofía del derecho, derechos civil, político y romano, otras ramas jurídicas. Hoy que tanto se habla de la nueva escuela de derecho nacida en Italia, es de oportunidad indudable el trabajo que nos ocupa; leyéndolo se consigue ponerse al corriente de las teorías que aquélla sustenta, aclaradas por las luminosas observaciones que hace el Sr. Dorado.

\*  
\* \*

#### Otras publicaciones.

*Mistress Branican*, por Julio Verne. Madrid, Sáenz de Jubera hermanos, editores. Dos cuadernos de 64 páginas en 4.º con muchos grabados, 2 pesetas.—El nombre ilustre del autor exime de alabanzas; esta producción, como todas las suyas, excita el interés y entretiene con multitud de peripecias.

*Almanaque del empleado para el año de 1892*.—Veinticuatro años hace que se publica este libro utilísimo por los datos que contiene acerca de las administraciones central y provincial, leyes, reglamentos, etc. Las condiciones tipográficas son también inmejorables y acreditan al joven é ilustrado impresor D. Ricardo Rojas.

*La Asociación de Escritores y Artistas de Lugo*, por D. Manuel Castro y López. En 4.º, 24 páginas.—Amarga impresión nos ha dejado la lectura de este opúsculo galanamente escrito, porque es muy triste que, apenas nacida una sociedad que tan útiles servicios podía prestar y que tanto podía contribuir al adelanto de la literatura, surjan dificultades y aparezcan rozamientos. Por lo mismo que todos los literatos de Lugo nos merecen gran estima, quisiéramos que se diera al

olvido lo pasado y se estrecharan de nuevo lazos que nunca debieron aflojarse.

*Cuentos escogidos*, por Emilia Pardo Bazán, 174 páginas, 2 reales.—Pertenece esta obrita á la excelente *Biblioteca selecta* que da á luz el ilustrado editor de Valencia D. Pascual Aguilar. Componen el precioso volumen nueve cuentos de la ilustre escritora coruñesa, entre los cuales hay varios de subido valor.

El ilustrado astrónomo del Observatorio de Madrid don Carlos Puente ha dirigido una circular en súplica de que se le faciliten los refranes que versen sobre meteorología y astronomía, en sus relaciones con la agricultura ó la náutica, ó que traten exclusivamente de las mudanzas del tiempo y de los signos atmosféricos ó celestes. Creemos que las personas instruídas deben prestar su apoyo al Sr. Puente, que persigue un fin laudable.

A.



# ÍNDICE DEL TOMO LXXXIV

## 15 DE OCTUBRE DE 1891

|   | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| Una visita á Gibraltar, por D. Eliseo Guardiola Valero.....   | 5               |
| Repoblaciones y torrentes (continuación), por D. José Secall.....   | 18              |
| Nietos de Apolo (conclusión), por D. Luis Cánovas.....  | 35              |
| Las formas de gobierno, IX, por D. Damián Isern.....  | 51              |
| Antigüedad é importancia del periodismo español (continuación),<br>por D. Juan P. Criado y Domínguez..... | 74              |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....   | 84              |
| Crónica política, por A.....  | 92              |
| Revista extranjera, por S.....  | 100             |
| Boletín bibliográfico.....  | 106             |

## 30 DE OCTUBRE

|   |     |
|---|-----|
| Congreso de orientalistas, por D. Bernardino Martín Mínguez.....  | 113 |
| Repoblaciones y torrentes (conclusión), por D. José Secall.....   | 126 |
| Una visita á Gibraltar (conclusión), por D. Eliseo Guardiola Valero..                                   | 141 |
| Los derivados del petróleo, por D. José Rodríguez Mourelo.....  | 153 |
| Antigüedad é importancia del periodismo español (conclusión), por<br>D. Juan P. Criado y Domínguez..... | 179 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....   | 191 |
| Crónica política, por A.....  | 203 |
| Revista extranjera, por S.....  | 210 |
| Boletín bibliográfico.....  | 219 |

## 15 DE NOVIEMBRE

|  |     |
|--|-----|
| Estudio psicológico acerca de la mujer lucense, por D. Jesús Rodrí-<br>guez López..... | 225 |
|--|-----|

|  | <u>Páginas.</u> |
|--|-----------------|
| Las formas de gobierno, X, por D. Damián Isern.....  | 234             |
| Sobre las voces «planta, vegetal, hierba, árbol» y otras semejantes, por D. José Jordana y Morera..... | 254             |
| Los derivados del petróleo (continuación), por D. José Rodríguez Mourelo.....                          | 269             |
| Notas sueltas, por Zaravel.....  | 287             |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....  | 302             |
| Crónica política, por A.....   | 329             |
| Boletín bibliográfico.....   | 329             |

### 30 DE NOVIEMBRE

|  |     |
|--|-----|
| ¿Verdes ó negros?, por D. Leopoldo Pedreira y D. Alfonso Tobar...                    | 337 |
| Los derivados del petróleo (conclusión), por D. José Rodríguez Mourelo.....          | 353 |
| El estudiante de los zapatos, por D. Nicolás Díaz y Pérez.....                       | 366 |
| Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán..... | 374 |
| Acontecimientos literarios, 1890, por D. Melchor de Palau.....                       | 384 |
| Notas sueltas, por Zaravel.....  | 389 |
| Los cambios internacionales, por D. J. S. de Toca.....                               | 405 |
| Crónica política, por A.....   | 423 |
| Revista extranjera, por S.....   | 432 |
| Boletín bibliográfico.....   | 439 |

### 15 DE DICIEMBRE

|  |     |
|--|-----|
| Imitaciones castellanas del Quijote, por D. César Moreno García...                   | 449 |
| San Juan de la Cruz, por D. Luis Marco.....  | 463 |
| Hernán Pérez del Pulgar (continuación), por D. Francisco Villa-Real.                 | 469 |
| Sombras, por D. Manuel Amor Meilán.....  | 486 |
| ¿Verdes ó negros? (conclusión), por D. Leopoldo Pedreira y D. Alfonso Tobar.....     | 489 |
| Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán..... | 507 |
| Policía urbana del siglo XV, por D. Carlos Cambroneró.....                           | 518 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....                          | 528 |
| Revista extranjera, por S.....   | 546 |
| Boletín bibliográfico.....   | 551 |

**30 DE DICIEMBRE**

|  |     |
|--|-----|
| Imitaciones castellanas del Quijote (conclusión), por D. César Moreno García.....    | 561 |
| Acontecimientos literarios, 1890, por D. Melchor de Palau.....                       | 576 |
| Los príncipes de la poesía española (continuación), por D. Juan Pérez de Guzmán..... | 584 |
| Hernán Pérez del Pulgar, por D. Francisco Villa-Real.....                            | 596 |
| Su único hijo, por D. Baltasar Champsaur.....  | 615 |
| El anfiteatro, por D. A. Fernández Merino.....                                       | 633 |
| Aquí y allá (continuación), por D. Carlos Soler Arqués.....                          | 643 |
| Boletín bibliográfico.....   | 662 |
| Índice del tomo LXXXIV.....  | 668 |

